

PRIMEROS PASOS DE LA FUNDACIÓN DE SAINT REMY

Todavía algo sobre la compra de la biblioteca del P. Conne

S 245 bis. Burdeos, 19 de agosto de 1823
Al señor Auguste, Burdeos

(Aut. – AGMAR)

Yo, el infrascrito, sin derogar el contenido del contrato firmado con el R. P. Conne para la compra de su biblioteca, le prometo adelantar los plazos del pago de los nueve mil francos que todavía le debo de la manera que sigue, a saber: mil francos en el plazo más corto tras la entrega entera de la biblioteca; mil francos dentro de un año; tres mil quinientos francos dentro de tres años; otros tres mil quinientos francos dentro de cinco años, siempre a partir de la fecha de la entrega completa de la biblioteca, la fecha de la entrega será constatada por el recibo que yo le daré, en cuanto esa entrega sea efectuada.

Prometo además al R. P. Conne, si la entrega de la biblioteca se realiza inmediatamente, que mis obligaciones correrán a partir de la fecha del 1 del presente mes de agosto.

En fe de lo cual, en Burdeos el 19 de agosto de 1823.

G. José Chaminade.



En este año 1823, el P. Chaminade anuncia a sus casas de las dos Órdenes la adopción de la fiesta del Santo Nombre de María como fiesta patronal del Instituto.

246. Burdeos, 22 de agosto de 1823
A la Madre de Trenquelléon, Agen

(Aut. – AGFMI)

La fiesta del Santo Nombre de María, mi querida hija, será en adelante la fiesta patronal del Instituto de María, tanto para los hombres como para las mujeres, sin perjuicio de la Inmaculada Concepción de María, que sigue siendo la fiesta patronal de las Congregaciones.

El señor Arzobispo de Burdeos ha encontrado muy apropiada la designación de esta fiesta como fiesta patronal, y autoriza al Instituto de hombres a hacer de ella solemnidad con preferencia sobre cualquier otra de clase superior. En el rito romano, esta fiesta está fijada el domingo de la octava de la Natividad de la Santísima Virgen, a no ser que ese domingo sea el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, en cuyo caso la fiesta del Santo Nombre de María es remitida al domingo siguiente: pero para nosotros, la fiesta no será remitida nunca.

El señor Arzobispo de Burdeos ha podido autorizarnos a tomar la fiesta del Santo Nombre de María como nuestra fiesta patronal; pero no ha podido autorizar su solemnidad más que para las comunidades que están en su diócesis: hasta el momento solo hay tres de hombres¹. Es preciso que ustedes acudan al señor Obispo de Agen para su comunidad y la de Tonneins.

La víspera de esta fiesta, o el sábado que la preceda, será un día de ayuno para todo el Instituto, en todas partes por donde se extienda; pero en el día de la fiesta puede conceder un pequeño extraordinario en la comida, y también una prolongación del recreo. Alegrémonos, manifestemos incluso nuestra alegría: pero que nuestra alegría sea siempre santa; no nos alegremos más que en el Señor.

Haga escribir, mi querida hija, tres copias de la primera parte de esta carta: la primera será para añadirla a la que usted escribirá al señor Obispo de Agen pidiéndole la autorización para solemnizar la fiesta del Santo Nombre de María en las comunidades de Agen y Tonneins; la segunda, para enviarla a Tonneins con el permiso de Monseñor; la tercera, para hacerla llegar al señor Laugeay. Este verá lo que es posible hacer de una manera digna y se entenderá directamente con Monseñor.

Segunda parte de la carta. Continuación de los Registros de administración para el personal.

Yo decía al final de mi última carta²: el resto del *Registro de comunidad* se divide en tres partes; la primera tendrá por título: *Apreciaciones de celo*, etc.

Cada una de las tres partes debe contener tantas hojas por lo menos como religiosas profesas tiene usted actualmente, destinando una página para cada nombre.

En estas páginas solo trazará a izquierda dos pequeñas columnas verticales para escribir las fechas del día y del año en que apuntará las apreciaciones de celo sobre sus religiosas.

En los ocho o diez días que sigan a la confección de su Registro de comunidad, usted apuntará en el Registro, página por página, las apreciaciones sobre cada religiosa en relación al celo... Procure escribir primero en borrador cada apreciación para no exponerse a hacer tachaduras en el Registro; pero después de haberla reflexionado y releído varios días, la volverá a copiar a limpio en su Registro.

Cada tres meses, apuntará otras apreciaciones, fechándolas también; si no ha percibido, en alguna de sus hijas, ninguna variación ni para bien ni para mal, podría limitarse entonces a poner después de la fecha: *Nada de particular estos tres últimos meses*.

Cuide estas dos cosas, mi querida hija. La primera, como Superiora, usted debe ejercer *especialmente* el celo para con la Madre de celo, que, por su oficio, no está subordinada a ninguna Madre más que a la Superiora. La segunda, que usted no debe hacer las apreciaciones sobre sus hijas, desde el punto de vista del celo, según las apreciaciones de la Madre de celo, sino según sus propias observaciones y todo lo que haya podido conocer en el ejercicio de sus funciones de Superiora.

Cuarto Registro, llevado por la Madre de celo.

El Registro es muy sencillo: tiene por título: *Apreciaciones de celo*. Hay que trazar solamente dos columnas verticales a izquierda, para anotar las fechas del día y del año. Debe contener al menos el doble de hojas que el número de religiosas profesas que hay actualmente: una hoja para cada religiosa, pero con el nombre repetido en el reverso de la primera página.

¹ La Magdalena; el internado Auguste, calle des Menuets; San Lorenzo.

² Alusión a una carta que no se ha conservado: ver sin embargo una primera alusión a estos Registros en la carta n. 244.

1º Dentro de los ocho o diez días que sigan a la confección de este Registro, la Madre de celo hará la apreciación sobre todas las religiosas de la comunidad en relación al celo. 2º Todos los meses hará mención de los progresos en la virtud y de la constancia en el combate espiritual de cada religiosa, en su folio del registro.

La Madre de celo debe hacer sus apreciaciones según lo que ella haya observado –o que se le haya hecho observar pero estando convencida de ello– y no según las apreciaciones hechas por la Superiora y de las que hubiera tenido comunicación.

Si la confección de estos Registros le resultase difícil, mi querida hija, o fuese difícil para la persona más capacitada en este aspecto, el señor Laugeay le podría ayudar.

Creía que iba a poder responderle sobre algunas preguntas que usted o la Madre San Vicente me hacen; tengo que dejarlo para otro día.

Todo suyo en J. y M.



La entrada de la señorita de Lachapelle en el Instituto de las Hijas de María, que hemos mencionado más arriba (ver carta 164), fue el punto de partida de una fundación en Condom, su país natal, y dio lugar a una correspondencia prolongada entre el P. Chaminade y el P. Castex, Capellán de los Hospicios y Director de las Congregaciones de Condom.

Vamos a ver que esta correspondencia se incluye durante varios meses entre las cartas relativas a la fundación de Saint-Remy.

De las dos cartas del 26 de agosto, parece que la primera tiene carácter oficial y está destinada a ser comunicada a la Administración de los Hospicios, mientras que la segunda, de carácter más bien confidencial, expone al P. Castex todos los planes del Fundador sobre la obra a emprender.

247. Burdeos, 26 de agosto de 1823

Al P. Castex, Condom

(Aut. – Archivos de la familia Gaïchies, Condom)

Señor.

He recibido con satisfacción la propuesta que usted me hace de parte de la Administración de los Hospicios.

Yo vería con agrado que se estableciese en Condom una colonia de las Hijas de María: pero espero que la Administración no tomará a mal que me tome un poco de tiempo antes de dar un consentimiento formal, tanto para madurar este asunto como para saber la opinión y las órdenes del señor Arzobispo de Auch. Por correo, envió la carta de usted a la señora de Trenquelléon, Superiora de las Hijas de María. Si sucediese alguna cosa notable relativa a este asunto antes de mi respuesta definitiva, le agradecería que me la comunicase.

Con la seguridad de mi sincero y respetuoso afecto, etc.



248. Burdeos, 26 de agosto de 1823
Al P. Castex, Condom

(Aut. – Archivo de la familia Gaïchies, Condom)

Señor,

He aquí con sencillez mi primera idea tras la lectura de la carta que ha tenido la bondad de escribirme: abrir en Condom dos obras, una, en el antiguo Hospital, para un internado de señoritas, la otra, en los edificios de Santa Úrsula, para una comunidad que se ocuparía especialmente de las Congregaciones y de las Escuelas. ¿Qué piensa usted de esto? Me acaban de decir que una asociación de antiguas religiosas llevaba un internado parecido: ¿podría darme información al respecto?

En el supuesto de un solo establecimiento, yo preferiría la antigua comunidad de Santa Úrsula. El Hospital no me parecería bueno más que para un internado, porque está lejos de la ciudad y situado en una gran ruta³.

Cuando el propietario, que está ausente, llegue, intente verlo; asegúrese de que quiere vender, y cómo a qué precio quiere vender. Juzgue usted mismo si sería prudente no decirle que la misma persona quiere comprar las dos partes; además, la Administración de los Hospicios podría creer que había en nosotros duplicidad, al no conocer nuestros planes posteriores. Lo dejo todo a su prudencia. No daré respuesta definitiva a la Administración de los Hospicios hasta que usted me haya informado completamente sobre todo lo que concierne a esta última adquisición.

Le renuevo de todo corazón la seguridad de mi sincero y respetuoso afecto.

P. D. Me avergüenzo de no haberle informado sobre la persona que usted me había enviado: queriendo despachar los asuntos más urgentes, me encuentro siempre atrasado para los otros.

Volvamos a Saint-Remy: vamos a recorrer toda una serie de cartas en que se manifiestan la prudencia y la paciencia del P. Chaminade ante las inextricables dificultades que le suscita el carácter del señor David. Se notará la unión de un profundo espíritu de fe con un sentido práctico muy sagaz.

249. Burdeos, 31 de agosto de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Recibí, mi querido hijo, sus dos cartas de Besançon del 22 y 25 de los corrientes.

Nuestras tres viajeras, con el joven Felipe, han llegado con buena salud el 27 por la tarde⁴.

³ **Condom**, pequeña ciudad de 7.000 habitantes, entre Agen y Auch, había sido la sede de un Obispado del que Bossuet fue al principio titular. Allí, como en muchos otros lugares, en los antiguos conventos cerrados por la Revolución, renacían nuevas obras.

El Hospital de Condom, del que aquí se habla y donde se establecieron efectivamente las Hijas de María, había sido fundado junto al venerado **santuario de Nuestra Señora de la Piedad o de Piétat** y dirigido hasta la Revolución por los Hermanos de San Juan de Dios.

⁴ Se trata de las tres postulantes y el postulante venidos de Alsacia.

El cochero no envió a su hija a reclamar sus 200 Fr. hasta ayer por la mañana, día 30. Yo había recibido la carta de usted del 22 y la nota que contenía. Leí la nota a su hija y le pregunté si quería hacer venir a su padre o recibir 157 F 10 soles y hacerme un recibo, que incluyese los 42 F 10 soles por la avena pagada, hasta sumar los 200 F, etc. La hija excusó a su padre, recibió el dinero, etc.

Vuelvo a tomar esta carta hoy, 1 de septiembre. El cochero vino con su hija una hora después. Yo estaba en la iglesia, y él no quiso que se me distrajesen; dijo que iba a almorzar. Desde entonces no ha aparecido, ni él ni su hija.

Nuestras postulantes religiosas se preparan a salir mañana para Agen. Hago que las acompañe el señor Cluzet, al que envió a su casa: no lo despidió por mala conducta sino principalmente por su gran mediocridad en todo; tengo también pruebas de falta de rectitud de juicio en tres o cuatro ocasiones.

Había usted olvidado que antes de irse me dijo, cuando le hablé de su dirección, que sería mejor dirigir la correspondencia al señor Bardenet de Faverney...

Yo ya había notado algunas prevenciones contra usted⁵, desde que se determinó, a mi llegada de Agen, que habría que salir para Saint-Remy; pero yo creía haberlas disipado completamente cuando se trató de elegir. La elección, por mi parte, se ha hecho con el mejor espíritu. Es verdad que consulté a menudo al señor Clouzet; estaba lejos de imaginar –y le confieso que no lo creo todavía– que el señor Clouzet tuviese la intención de crear una oposición contra usted: además no recuerdo haber aceptado a alguno que él me hubiese señalado, más que al señor Molinier⁶, que substituyó a uno más anciano, porque parecía mejor; lo cual me extrañó y acepté un poco para acabar y porque yo no tenía nada que oponer.

Si hubiera leído, mi querido hijo, mis cartas con más atención o con menos preocupación, habría visto que yo no quería en absoluto hablar de Reglamentos propiamente dichos, sino de la Administración que hace ejecutar los Reglamentos. Aunque sea verdad que en general no faltan los Reglamentos, si se puede decir, administrativos –como, por ejemplo, los que se refieren a los Jefes–, también es verdad, sin embargo, que la falta de Registros suficientes perjudica mucho a cada Establecimiento. Se lo he advertido varias veces, desde el comienzo de la fundación, y usted mismo se quejaba, sobre todo para el Noviciado de San Lorenzo.

¿Por qué, mi querido hijo, al hablar de la admisión de los sujetos, en lugar de vagas generalizaciones, no me da usted uno o dos ejemplos que usted vea y me dice claramente lo que le parece inadmisibles en ellos? Así yo podría recurrir a un examen útil.

En cuanto usted me hizo saber su mala situación y la urgencia de 500 francos relativos a las hipotecas, hice escribir al señor Xavier Rothéa, por mediación de su hermano y por consejo de su hermano, para que le hiciese llegar 1.000 francos o 1.200 francos. Supongo que ya se los habrá entregado él mismo: su hermano, a quien he leído las peroratas de usted sobre la Alsacia, me lo ha dicho también hace pocas horas.

⁵ Por parte de algunos religiosos sin duda.

⁶ El señor **Augustin Molinier**, nacido en 1805 en La Guépie (Tarn), entró en San Lorenzo en 1822 y formó parte de la pequeña colonia de fundación de Saint-Remy. En 1827, fue enviado a Sainte-Marie-aux-Mines, donde la Compañía abría una Escuela, y permaneció allí durante 45 años, primero como profesor y después como Director, hasta el cierre de la Escuela en 1872, cuando la anexión de Alsacia a Alemania. Pasó el resto de sus días en París, en el Colegio Stanislas, donde murió el 18 de febrero de 1879. «Estaba admirablemente bien preparado, escribía el señor André al P. Lalanne, sereno, tranquilo, resignado, como un niño que va a su padre, con total confianza».

No sé quién puede ser ese sincero protector en el Obispado de Estrasburgo al que usted se refiere⁷: no cabe duda de que estaba usted muy seguro, puesto que ha obrado en consecuencia.

Una correspondencia entre yo y el P. Bardenet –a quien usted llama su coadjutor primitivo– hubiera sido un medio que habría podido producir un buen efecto. Usted habría podido ofrecerse como secretario suyo; también podía haber tomado algún otro, a quien no tuviese necesidad de dictar, con tal de que el secretario supiese expresar fielmente sus ideas y sus sentimientos. Yo ya le indiqué este medio: ahora no hago más que recordárselo, por si ve alguna posibilidad. Esta correspondencia me parece tan apropiada que es posible que el P. Bardenet sufra interiormente por su inexistencia.

Me sorprende mucho, mi querido hijo, que me diga que dejo abandonados sin recursos a diez o doce de mis hijos. ¿En qué me he descuidado? No creo que usted lo piense, sino que, con descripciones conmovedoras, quiere que me emocione y que ponga todo mi interés en Saint-Remy. Yo amo la obra de Saint-Remy, y amo todavía más a los que son enviados para constituirla: pero ¿tiene que resultar extraño que mi solicitud no abandone a las obras más antiguas? ¿No le he escrito, no se lo he dicho desde el principio? Esta obra, como todas las demás, ¿no está en manos de la Providencia? Recuerde, mi querido hijo, lo que nos dice Nuestro Señor: *Scit Pater vester coelestis quia his indigetis*⁸. No ponga en actividad al principio más que lo que pueda. ¿Está acaso en los planes de Dios que parezcamos gente opulenta o gente a la que se puede otorgar total crédito etc.?

Usted no aprueba, mi querido hijo, el pequeño Establecimiento creado en la Magdalena, al que se le da el nombre de Seminario menor o Noviciado⁹: eso es lo que se escribe de Saint-Remy a la Magdalena. ¿No teme las consecuencias de esas oposiciones? *Regnum in se divisum*¹⁰ etc.

Se preocupa y se lamenta de las cosas raras que escucha y que sin duda las cree. Le han dicho en Saint-Remy que las Hermanas conversas se han dividido en dos clases, unas internas y las otras externas, ¡y de ahí concluye muy honestamente que en Agen hay un revoltijo! – Y ¿por qué, si usted cree que en Agen o en otra parte, hay cambios fundamentales de los que no había sido avisado, no pregunta por ellos? ¿Por qué no conocer las cosas tal como son, al menos antes de juzgar y sobre todo ridiculizar? Sin duda, es el señor Rothéa quien se lo ha dicho¹¹: pero ¿está él en condiciones de comprender las conclusiones de un fin de visita? Al menos hay motivo para dudar de que haya comprendido bien y haya captado bien, cuando lo que dice da lugar a convertir en ridícula la disposición de un Superior en visita. No tengo ninguna intención de quejarme; pero desearía que nuestra correspondencia fuese simple. Informémonos mutuamente de lo que pasa, de lo que se dice y de lo que se hace; en una palabra, el *sí*, *sí*, el *no*, *no* del Evangelio. Ayudémonos a soportar nuestras dificultades, nuestras contrariedades, en lugar de torturarnos y hacernos lo que he llamado una vez la pequeña guerra.

Estoy llegando al final de la carta, y al terminar quiero decirle que el P. Conne entrega la biblioteca en una situación de paz e incluso, según dicen, de alegría...

⁷ El P. Tharin.

⁸ «Vuestro Padre celeste ya sabe que tenéis necesidad de estas cosas».

⁹ Noviciado destinado especialmente a los estudiantes de enseñanza secundaria: se instaló en la casa de la calle Lalande nº 3, situada a derecha de la iglesia y que fue demolida cuando se abrió el Paseo Pasteur; fue dirigido primero por el P. Caillet, después, en 1825-1826, por el P. Lalanne, y después de nuevo por el P. Caillet.

¹⁰ «Un reino dividido en sí mismo», etc.

¹¹ Ver carta n. 245.

Si le hablé de orden, disciplina y cumplimiento del reglamento, no fue por distraerle de su aflicción: no sería ese el tono de sencillez que debe existir entre nosotros; pero usted podría ver la importancia que doy al orden etc...

Próximamente responderé a las cartas que me han escrito de Saint-Remy. Les abrazo a todos como Padre.



La siguiente carta, la primera dirigida al señor Domingo Clouzet, nos da la ocasión de ofrecer una breve reseña sobre este religioso que jugó un papel tan importante en la época de la fundación y durante toda la primera parte de la historia de la Compañía.

Domingo Clouzet nació en 1789 en Sarremezan (Alto Garona), de una familia de comerciantes, que se estableció enseguida en Burdeos y aquí adquirió una posición muy honorable.

Entrado en la Congregación de la Magdalena en 1814, el señor Clouzet se puso bajo la dirección del P. Chaminade y fue uno de los primeros siete miembros de la Compañía de María.

A él encargó el Fundador, en 1821, la dirección del primer noviciado de la Compañía en San Lorenzo.

En el momento de la fundación de Saint-Remy, se necesitaba un hombre de confianza para dirigir a tan gran distancia la colonia encargada de la obra: ese hombre fue entonces el señor Clouzet, de quien el P. Chaminade había podido apreciar su prudencia natural al mismo tiempo que su espíritu religioso. De hecho, durante más de treinta años, el señor Clouzet fue el alma de Saint-Remy y a él sobre todo debió la obra, tras los duros años del principio en que su fe y su entusiasmo sostuvieron el ánimo de sus Hermanos, su desarrollo y prosperidad: internado de primaria y secundaria, Escuela Normal y retiros para profesores, Escuela práctica de agricultura, comunidad obrera con su noviciado, esas pocas palabras resumen la gran obra que el señor Clouzet realizó en Saint-Remy, con la ayuda de colaboradores como el P. Rothéa, el P. Lalanne, el P. Fontaine, el P. Chevaux.

Durante varios años, antes de la organización del Provincialato, el señor Clouzet estuvo además encargado por el Buen Padre del oficio de Visitador, y en 1839, de las funciones de 3er. Asistente o Ecónomo general, que ejerció hasta su muerte. Con esta función se trasladó de Saint-Remy a Burdeos en 1851 y siguió a la Administración general de Burdeos a París en 1861.

El señor Clouzet era de talla alta, que los años no doblegaron; su rostro, de color claro y brillante, era agradable y habitualmente expresaba acogida; su porte era cuidado y de una limpieza irreprochable; su andar, grave y suelto; sus maneras, llenas de cortesía y atenciones; su palabra, suave y un poco lenta.

Sus visitas eran temidas por los religiosos que carecían de orden en su gestión o se dejaban llevar por gastos indebidos. Le gustaba además animar a los hombres de buena voluntad y le agradaba entrar con ellos en detalles prácticos. A un religioso, nombrado Director, que pedía sus orientaciones, le trazaba este programa: dé a sus cohermanos una alimentación sana, sin escatimar gastos a este respecto: así se refuerza la salud de las personas, y eso es necesario; en las compras, adquiera solo buenos productos, ni los de primera calidad ni de la última; cuide los pequeños gastos y apunte todo fielmente. Con esta vigilancia y solicitud es como consiguió levantar y fortalecer la situación material de la Compañía.

El señor Clouzet sabía además suavizar con su urbanidad y su bondad lo que su control podía tener a veces de penoso; así las comunidades lo veían venir con agrado. Su gran aspecto estaba templado de amabilidad, y su bondad le ganaba los corazones. Gustosamente se entrevistaba con los Hermanos en particular, y entonces, como en sus conferencias generales, hablaba como religioso, no limitándose a las cuestiones de su Oficio, sino recordando los deberes y exhortando a las virtudes de la vida religiosa. El lenguaje de la fe le era familiar, y lo practicaba con naturalidad, tanto en su conversación como en su correspondencia. Su actitud en la capilla revelaba un hombre de una piedad más que ordinaria, y su devoción a la Santísima Virgen y a San José eran de un verdadero hijo del P. Chaminade.

El señor Clouzet, cuando apenas acababa de instalarse en París con la Administración general, cayó enfermo: su robusta constitución, agotada por la edad y los trabajos, tuvo que ceder pronto al mal, y se apagó dulcemente el 27 de febrero de 1861, en los brazos del Buen Padre Caillet.

«Ha muerto de la manera más dulce y edificante que se pueda desear, escribía el Buen Padre: ningún temor, ninguna inquietud; una confianza sin límites en nuestra augusta Madre, y en los labios continuamente los nombres de Jesús y de María, hasta que, sin ninguna agonía, se durmió apaciblemente

en el Señor. Viendo estas muertes se siente más la dicha de ser Hijo de María. Llamado, desde los primeros días, a la fundación de nuestra querida Compañía, ha consumido en su servicio todas las fuerzas y todos los instantes de su existencia. ¡Qué fidelidad, qué celo, y, al mismo tiempo, qué prudencia en las circunstancias más difíciles! Sabéis que nunca ha dudado entre su descanso o sus afectos y su deber, y no desconocéis los frutos que la Compañía ha recogido de sus trabajos: podemos decir claramente que es a él sobre todo, después de Dios, y al acierto de su administración que ella debe hoy la seguridad de su existencia temporal».

250. Burdeos, 9 de septiembre de 1823
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Su carta, mi querido hijo, me ha producido gran satisfacción: ella me hace pensar que su curación completa no está lejos.

Cúidese, por muy pobre que se encuentre.

Cuanto más dificultades hay que vencer, más necesario es que sea dueño de sí mismo; cuantos más trabajos, ocupaciones y asuntos de toda clase tenga, más prudencia, paciencia, oración y recogimiento necesita.

Escuche con bondad a todos los Hermanos; no se canse nunca de recibir todas las proposiciones que quieran hacerle; que nunca se retiren de hablar con usted sin sentirse consolados. Que comprendan que es usted sensible a sus penas interiores y exteriores, etc.: podrá hacer de ellos lo que quiera cuando tenga su amistad y su confianza.

No me extraña, mi querido hijo, que haya tenido dificultad para hacerse al carácter del señor David: ¡sus dos caracteres son tan diferentes! Pero de esta misma diferencia resultarán la paz, la unión y la concordia. Es muy raro que dos caracteres como estos simpaticen mucho tiempo. Pero en algunas situaciones en que la Providencia nos coloca, ¡qué freno se encuentra en un verdadero espíritu religioso!

Hace usted bien en acudir al P. Bardenet para la confesión, cuando está en Saint-Remy: no descuide nunca el trato y la consideración que le son debidos.

No tenga otro depositario de sus penas, cuya causa esté fuera de usted, que su Buen Padre. A él le puede y le debe decir todo: ¿cómo podría yo, si no, consolarle? ¿Cómo podría yo, estando sobre todo tan lejos, darle los consejos que necesite? Téngame siempre al corriente de todo lo que se refiere al celo, a la instrucción y el trabajo, es decir, de todo; porque usted sabe que resumimos todo en estas tres denominaciones, celo, instrucción y trabajo, y que un Superior es al mismo tiempo Jefe de celo, Jefe de instrucción y Jefe de trabajo.

El señor David es ordinariamente un excelente consejero en los casos graves y urgentes, sabe guardar un secreto y es discreto: pero tenga cuidado, la menor desconfianza le hiere; rara vez se queja de su herida; es difícil a veces descubrir la pulla que le ha herido.

Vuelvo al P. Bardenet: me extraña la poca comunicación que tenemos en una obra de esta importancia. El establecimiento que hemos abierto en Saint-Remy, ¿responde a los planes que él se había hecho? Querría saber lo que piensa, a favor o en contra. Si él rehúsa escribirme, sea de su propio puño y letra, sea por medio de un secretario, recoja usted enseguida por escrito todo lo que le diga verbalmente y hágamelo saber. Una correspondencia entre nosotros, de cualquier modo que se haga, resulta necesaria, y quizá él mismo esté sufriendo por la especie de silencio que parezco guardar con él...

Usted me habla, mi querido hijo, de su carencia de todo, provisiones, muebles y dinero, para hacer trabajar. El señor David no deja de hablarme de ello en todas las cartas que me escribe. Después de su segunda carta, tomé los medios que me parecieron convenientes para hacerle llegar una suma más considerable que la que él pedía. El señor Xavier Rothéa escribió aquí a su hermano que iba a enviar 2.000 francos por la posta al señor David; que los 2.000 francos estarían en Vedoul antes de que su carta de aviso llegase a Burdeos. Es muy de lamentar que nuestras cartas de Burdeos lleguen con tanta dificultad a Saint-Remy. Yo recibo aquí sus cartas fechadas en Saint-Remy, pasando por Vesoul, a los siete u ocho días; ¿cómo es que ustedes reciban nuestras cartas de Burdeos, pasando también por Vesoul, a los quince días?

Ya había supuesto, mi querido hijo, que nuestra colonia podría pasar por necesidades, que tendría que probar quizá contrariedades de diverso tipo, que la mayor parte, e incluso todos, tendrían que ocuparse en los comienzos de hacer trabajos manuales; pero no he creído nunca, y sigo sin creerlo, que si usted y nuestros queridos Hermanos saben tener paciencia, si ponen toda su confianza en la Providencia paternal de nuestro Dios, no creo, digo, que vayan a sufrir las necesidades primarias de la vida. Que sean probados, que el Señor les tiende, por decirlo así, para que se vea si son todos verdaderos religiosos, si están todos realmente entregados a la obra de Dios, no me sorprende por ello, y usted sabe, mi querido hijo, que es un buen indicio en los comienzos de una obra. Diga a todos claramente de mi parte que los que entre ellos hayan perdido el ánimo o hayan ido a Saint-Remy solo para llevar una vida tranquila y conforme a los sentidos, dígalos que está usted autorizado, o más bien que el señor David está autorizado sobre la base del informe de usted, a darles una obediencia para volver a Burdeos. Poco ha faltado para que adjuntase a esta carta una obediencia para llamar al señor Dubarry: pero lo que usted me dice al final de su carta me ha hecho desistir. ¡Dios quiera que haya abierto realmente los ojos y esté realmente arrepentido de los escándalos que ha dado! ¡Dios quiera que pueda domar completamente su carácter y ser siempre dócil y edificante!

Cuando me enteré mejor de la situación del castillo Saint-Remy, por nuevos detalles que me dio el señor David, empecé a temer de una obra allí. Le escribí a Besançon antes de la compra: al mismo tiempo me remitía a su buen juicio; solamente él conocía los lugares, las personas y las cosas. Sobre todo le advertía de los grandes gastos que habría que hacer, y que nosotros estábamos muy lejos de poder hacer, a no ser que acudieran en nuestra ayuda. Sea lo que sea lo que yo he podido pensar y todo lo que ha pasado, hemos creído que debíamos emprender la obra y la hemos emprendido efectivamente. Nuestras intenciones son puras: ¡sigamos adelante!

Póngase siempre de acuerdo con el señor David, teniendo sin embargo con él las consideraciones que usted crea convenientes. No tema hacerme sufrir contándome todo: el Señor estará conmigo, estoy seguro. El Señor estará también con usted y todos mis hijos. No deje de decirles todo cuánto les quiero y cómo deseo su progreso espiritual.

P. D. Quería escribir al señor David y al P. Rothéa; pero esta carta ha resultado muy larga, y un gran número de más cartas han llegado después de haber empezado esta. Espero escribirles de un momento a otro, así como a los que han aprovechado la ocasión de nuestras religiosas postulantes. Todo va bastante bien en nuestras obras: estoy particularmente satisfecho del noviciado de la Magdalena.



251. Burdeos, 15 de septiembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

He recibido al mismo tiempo, mi querido hijo, dos cartas de Saint-Remy, una de usted con fecha del 2 de septiembre, y otra del señor Clouzet con fecha del 5 de septiembre, las dos selladas en Vesoul, y todas las que he recibido de St. Remy llevan el mismo sello. La dirección que usted me dio para escribirle es por *Vesoul y Faverney*, a Saint-Remy. Imagino que la causa por la que usted no recibe mis cartas (porque yo le respondo puntualmente) es que se detienen en Faverney, que en Faverney no hay portador y distribuidor de cartas en el cantón, lo cual sí hay en Vesoul, y que las medidas que usted ha tomado para que se reciban pronto sus cartas, las ha tomado solo para Vesoul. Me voy a aventurar con esta pequeña carta, que propiamente no es más que un aviso. Si usted la recibe antes de recibir la que ya le escribí antes, la que escribí hace muy pocos días al señor Clouzet y la que le ha escrito el señor Rothéa, envíe a buscarlas a Faverney, y las encontrará allí todas.

A cada carta que usted me escribía, yo me consolaba persuadido, en primer lugar, de que iba usted a recibir 1.200 francos, y después, de que habría recibido 2.000 francos que el señor Xavier Rothéa ha debido de enviar a Vesoul por el correo, lista de correos. Hace ya bastantes días que su hermano ha recibido el aviso de que esta suma le habría llegado a usted, antes de que él mismo hubiese recibido la carta de aviso que él le escribía. ¿Sería posible que usted no hubiese recibido el aviso que el señor Rothéa debió de enviarle? Si usted le dio la misma dirección que a nosotros, es posible que sus avisos también se encuentren en Faverney.

No censuro que quien sufra un mal se queje; pero casi le censuraría que dirigiese sus quejas contra alguien de quien no tiene motivos para creer que sea la causa. Usted me escribió diciendo que no le enviase fondos por Alsacia: pero cuando este primer aviso llegó, ya se habían tomado las medidas; y desde luego, usted no habría sido tan rápidamente y tan lealmente servido si los fondos hubieran salido de Burdeos; habría sido mucho peor, si mis cartas hubiesen contenido pagarés a cobrar a plazo fijo.

Esta carta está empezada dos veces en veinticuatro horas. En ese intervalo, ha llegado el señor Lacoste de Agen. Se han distribuido los premios en el Internado del señor Auguste. Hemos celebrado por primera vez nuestra fiesta patronal del Santo Nombre de María. El señor Lacoste lo abraza: va a marchar de nuevo con su hijo de vacaciones; parece muy contento.

Lo abrazo con todo afecto; abrazo también a todos nuestros hijos.

Si el señor Dubarry no se comporta mejor, envíemelo.

Esta carta va a salir el 15 de septiembre de 1823 a las 7 de la mañana.



252. Burdeos, 30 de septiembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Yo había visto con satisfacción, mi querido hijo, por el final de la carta al señor Rothéa, que por fin iba usted a cobrar 2.000 francos en efectivo, y me parecía que yo ya no tenía que temer las cartas que me pudiera escribir. Estaba equivocado: su última carta del 19 de de septiembre es todavía más abrumadora. He releído algunas de las

cartas que le he escrito, y en particular la del 18 de agosto que cita. – Usted considera que han sido vanas las promesas que yo había escrito de crear en Saint-Remy una obra determinada. – Esas promesas escritas son sin duda las que usted supone que he escrito al P. Tharin y que usted subraya; y usted sabe bien –y lo sabía mucho tiempo antes de cuando se decidió que usted viajase allá–, usted sabía, digo, que yo había escrito al P. Tharin que no podía hacer gastos, al menos por algún tiempo, para esta nueva obra. Que yo recuerde, después no he escrito al P. Tharin más que para comunicarle que usted salía hacia allá... Es verdad que le escribí a usted a Besançon, el 24 de abril pasado, algo parecido; pero ¿en qué sentido? Relea bien la carta y no encontrará en mí ninguna contradicción. Lo único de particular que hay aquí es que, en esta misma carta, le recuerdo lo que había escrito al P. Tharin.

Es evidente, mi querido hijo, que si bien nos proponemos el mismo fin, diferimos mucho en la manera de conseguirlo: lo cual es extremadamente enojoso. – Mis razones no le parecen más que ilusiones; es incluso el espíritu de las tinieblas el que se entremezcla con ellas. – Con semejante prejuicio, ¿qué verá usted en todas las reflexiones que yo podría hacerle sobre la manera como, a mi juicio, unos religiosos deberían proceder? – Es como amigo, el único amigo que yo tenga, que me detiene, me dice usted, en la pendiente que me arrastra, incluso con riesgo de caer en mi desgracia. – No tiene que temer ninguna desgracia, mi querido hijo. No tengo tan buena opinión de mí mismo que crea no poder equivocarme. Escucharé siempre las opiniones que usted y otros puedan darme; las sopesaré; pediré a Dios que me haga comprender lo que pueda haber en ellas de bueno y verdadero, aun cuando fuesen inapropiadas... El Buen Dios me ha escuchado a menudo: ordinariamente he sacado provecho de ello. No es pues la pobre opinión que usted tiene de mí, o la compasión de amigo que manifiesta respecto a mis ilusiones, lo que me duele, sino las consecuencias que resultarán de ello, y que resultarán primero para la obra de Saint-Remy. – Usted añade: esta es mi respuesta a sus reproches que yo olvido, como amigo. – Si lo que usted llama reproches no tienen ningún fundamento, si están dictados por el humor del momento y el capricho, si no manifiestan más que un amor propio demasiado profundamente herido, el olvidarlos es, por su parte, expresión de una gran virtud. Si, por el contrario, son sensatos, ¿por qué olvidarlos? Sí, mi querido hijo, si los considera injuriosos, olvídelos: porque estoy muy lejos de querer injuriarle.

¡Qué enojosa es nuestra situación respectiva, mi querido hijo! Pero...

El mismo día que recibí su última carta, acababa de escribir al señor Bernhard. Mi carta no contenía más que muestras de afecto: si le escribiese enseguida una carta interesada, dañaría el efecto de la primera, es decir de prepararlo.

Comprendo que con 10.000 francos, usted pondría mucho mejor las cosas en marcha; pero lo que no comprendo bien todavía es que unos religiosos, consagrados a la pobreza evangélica, consagrados por consiguiente a la divina Providencia, tanto en sus personas como en sus obras, necesiten parecer acomodados, parecer ricos. Comprendo que estos religiosos podrían no atribuirse la gloria de ello, sino referirla a Dios: pero no comprendo cómo Dios se contentaría con una gloria calculada.

Me censura por haber invertido tanto, y, después de mucho tiempo, haber decidido poco. – Podría llegar a creer que me había excedido en esto, aunque, hasta el presente, los motivos parezcan más fuertes pensando en las obras posteriores...

¿Hay que organizar las artes y todas las obras? – Sí; pero primero hay que tener paciencia, hacer en Saint-Remy todo el bien que se pueda, dejar ver el que se haría si se pudiese.

¿Y París, y la aprobación del Gobierno? Creíamos que había llegado el momento, que los tiempos parecían favorables para pedir la autorización del Instituto.

La primera propuesta que se hizo del castillo de Saint-Remy contenía el motivo, el objeto y el medio de crear allí un Establecimiento religioso muy importante. Los Misioneros tenían necesidad de una Comunidad que pudiese recibir a los hombres que querían vivir retirados tras convertirse en la Misiones, y a los cuales no podían seguir prodigando los cuidados que necesitaban. Siempre he pensado que estos Misioneros verían con agrado que, sin perjuicio de su obra, se hiciesen algunas otras: yo estaba tan convencido de ello que consideraba al P. Bardenet y a los Misioneros como los fundadores, hasta después de la compra –como puede usted verlo por mis cartas–, - y usted me desengañó entonces de esa idea.

¿Hay que hacer de esta finca objeto de especulación? ¡Cuestión importante! ¿Por qué no resolverla antes de ir más lejos? Por una parte, según lo que usted me dice, esta finca podría fácilmente convertirse en la madre nutricia de todo el Instituto, tanto por sus rentas territoriales como por el producto de los talleres. Por otra parte, el Espíritu Santo, y la Iglesia su voz, nos dice: *Nemo militans Deo implicat se negotiis soecularibus*¹². – ¿Qué clase de religioso, se dirá pronto si no se ha dicho ya, es este que no se ocupa más que de aumentar su fortuna, que pone todos sus cuidados en los asuntos temporales, etc.? Con esta última reflexión no pretendo censurar el cuidado moderado de los bienes que la Providencia envíe, y de los que evidentemente ella querría servirse para mantener a los ministros de sus obras.

Usted me había prometido, mi querido hijo, devolverme al señor Gaussens. ¿Es por olvido que no me dice nada? Hubiera estado bien que asistiese al retiro que acostumbramos hacer aquí: para este año he señalado la entrada los días 18 y 19 de octubre, a causa de las vendimias, que se retrasarán mucho.

Será sin duda un gran favor de la Providencia para el Instituto de María el nombramiento del P. Tharin como Obispo de Estrasburgo, si nos comportamos religiosamente en la obra de Saint-Remy, si hay unidad en nuestros puntos de vista, si señala usted un camino sensato y prudente a los jefes del establecimiento, –quiero decir también *un camino muy sencillo*: no son capaces de seguir otro por el momento–. Si quiere hacerles entrar en los grandes planes que usted tiene, paralizará su acción, se cansarán, usted será *siempre y continuamente necesario*, y de ahí... Que la obra funcione de manera que haga un poco de bien, se sostenga, y sobre todo edifique; que usted pueda liberarse fácilmente para ocuparse de otros asuntos..., eso ya es bastante, es mucho por el momento. Poco a poco irá usted añadiendo cosas, según le permitan las circunstancias...

Todavía una palabra. Parece que en esta finca había 45 fanegas sin cultivar antes de la compra, y ¿no encontró allí ningún apero de labranza...? El P. Bardenet no los habría hecho quitar. ¿Qué escándalo hay en que usted haga, sobre todo al llegar, como hacía el P. Bardenet?

Le abrazo, mi querido hijo, con todo afecto.



¹² «Nadie que entra al servicio de Dios se dedica a negocios seculares».

Nueva carta relativa a la fundación de Condom.

253. Burdeos, 7 de octubre de 1823
Al P. Castex, Condom

(Aut. – Archivo de la familia Gaïchies, Condom)

Señor,

Acabo de tener noticia de su visita a la comunidad de Agen: la Superiora le habrá dicho que yo acababa de escribirle sobre el mismo tema.

He pedido enseguida al Padre Collineau, Director del Colegio de Villeneuve, uno de los religiosos del Instituto de María, que vaya a Condom para reunirse con usted. Le agradeceré que le haga ver el antiguo Hospital que está en venta, que lo presente también al señor y a la señora de Lachapelle, que quieren implicarse en la compra de este edificio.

Habría que ver con él o ponerle en contacto con las personas que podrían ayudar a las Hijas de María, bien sea a hacer las reparaciones que se considerasen necesarias o bien a instalar el modesto mobiliario del Establecimiento: ¿quizá la familia Lachapelle podría hacer alguna cosa más? Las señoras de Trenquelléon¹³ ¿podrían tener algunos apartamentos? ¿Podrían seguir allí su Regla, y quizá llevar su hábito de religión? Usted sabe que la mayor de las señoritas, en cuya casa vive el Padre Desterac, tenía que entrar en la primera fundación de las Hijas de María: supongo que ella y sus hermanas verían con interés esta obra.

Hay en Condom una antigua amiga de la Superiora de Agen, que tiene algunos recursos, a quien se le podría dar un apartamento separado: tiene un defecto en el rostro que la desfigura; arde de celo por el Instituto.

Por último, señor, dejo a su celo encontrar los medios para instalar la obra de la que tuve el honor de hablarle en mi primera carta. Hay que ver también y sopesar todos los inconvenientes y saber si es posible remediarlos.

Puede usted también poner al corriente al P. Collineau de todo lo que se refiere al antiguo Convento de las Ursulinas, que está en medio de la ciudad. El segundo Establecimiento llegaría a ser de la mayor importancia para la ciudad. Yo pensaba que si en el primero tuviese éxito un Internado, este segundo encontraría en él medios de subsistencia.

El P. Collineau no tiene el encargo de decidir definitivamente, sino de ver todo y hacerme su informe. Confío en que, gracias a los cuidados de usted, podré establecer pronto a las Hijas de María en Condom.

Con mi respetuoso afecto, etc.



¹³ Se trata de **las tres tías paternas de la Fundadora** de las Hijas de María, antiguas religiosas dominicas del monasterio de Prouillan, no lejos de Condom. Sus nombres son Ana Angélica, Ana Carlota y María Francisca. Tras el cierre de conventos en 1792, se refugiaron primero en el castillo de Trenquelléon y después, en 1800, volvieron a Condom, donde abrieron, con la ayuda de algunas antiguas compañeras, un Internado para chicas. Tras la fundación del Internado de las Hijas de María, vivieron juntas en su casa de la calle Sainte-Eulalie, siguiendo el cumplimiento de su Regla y haciendo revivir en cierto modo su antiguo monasterio.

He aquí una carta sobre los conventos de las religiosas de Agen y Tonneins.

S 253 bis. Burdeos, 2 de noviembre de 1823
Al señor Lacaussade, Tonneins

(Copia. – AGMAR)

Sus respuestas a los puntos comunicados por el señor Alcalde, sobre la petición del señor subprefecto de Marmande, me parecen correctas y precisas. Supongo que el señor Lacoste las habrá encontrado también así.

La respuesta al primer punto podría idearse así: existe en Tonneins un convento de religiosas, llamadas *hijas de María*.

Todo el quinto punto; pero quizá sería bueno añadir: *las religiosas aceptan con mucha pena la separación indicada. Ellas preferirían seguir el modelo del convento de Agen, la enseñanza gratuita.*

Le agradeceré, señor, que haga llegar a la Superiora del convento de Agen, así como al señor Lacoste, los puntos pedidos por el señor Subprefecto, así como las respuestas que usted ha creído deber dar después, tras haber recibido el parecer del señor Lacoste: con el fin de que las respuestas de Agen estén acordes con la de Tonneins.

En Burdeos, el señor Alcalde dirige las demandas ministeriales a las superiores de los conventos. Hace cerca de quince días que fui consultado por la Casa de la Misericordia...

Volveré enseguida sobre las observaciones que usted hace respecto a la gratuidad de la enseñanza. Me urge mucho este correo.

Le saludo cordialmente.



254. Burdeos, 6 de noviembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut.- AGMAR)

Recibí, mi querido hijo, su breve carta del 18 de octubre, en la que estaba incluida la del Padre Rothéa. Su hermano Luis recibió también la que usted le escribió en la misma fecha.

Es verdad que habiendo recibido dos de sus cartas, sin poder responderlas enseguida —estuve aquejado de una dolorosa inflamación dental—, me decidí a hacer llamar al señor Rothéa y pedirle que respondiese a esas dos cartas. Quizá sufría más por tener que comunicárselas a él que de la inflamación: le recomendé no responder nada a lo que solo fuesen quejas y reproches. Está usted muy equivocado, mi querido hijo, creyendo que yo quería cesar la correspondencia que tenemos, o retirarle o disminuir los poderes que tenía. Habrá leído demasiado deprisa su carta: ni a él ni a mí se nos ha pasado tan siquiera la idea. ¿No conoce usted su estilo duro y casi alemán?

En una carta que escribí al señor Clouzet¹⁴, le ponía un punto bastante largo para que le fuese leído al P. Bardenet: esperaba que al menos el señor Clouzet me transmitiría la respuesta verbal recibida. El señor Clouzet no me habla más que de las

¹⁴ Carta 250.

bondades que prodiga con todos, y que yo debería agradecer. Tomo la decisión de escribirle directamente, y voy a hacer copiar mi carta en la otra parte: no se extrañe usted si él le habla de ella; podría también advertirlo al señor Clouzet.

Hemos hecho nuestro retiro en las fechas que ya le indiqué. Éramos 56 ejercitantes: todo se ha hecho como en los años anteriores. Los efectos más importantes son: 1º el despido de dos sujetos, el señor Cizes y el señor Pelletier; pero Dios nos ha compensado; 2º el señor de Loncle y el Padre Bouteoy han sido admitidos como novicios; el P. Serre¹⁵ ha decidido definitivamente entrar en el Instituto; ha tenido que comenzar el combate con el señor Obispo de Agen. El señor de Loncle es hijo del Presidente del Tribunal de Cahors; ha hecho sus estudios y dos años de derecho; desde hace por lo menos diez años no se ocupaba más que de administrar los bienes de su familia: si usted tiene la lista de los arzobispos de Besançon, podría ver si hay alguno procedente de esta familia... El P. Bouteoy es un joven párroco de la diócesis de Bayona, hoy diócesis de Aire, que ha tenido que luchar mucho para conseguir el permiso del señor Obispo de Bayona para venir a Burdeos.

Todos nuestros Alsacianos son muy fervorosos, hasta el pequeño Carlos, que ha hecho su primera comunión el último día del retiro. Ha querido ser admitido como postulante interno. En el retiro ha escrito personalmente una pequeña carta de acción de gracias al P. Caillet, su confesor; expresa bien al natural sus sentimientos: el señor Rothéa, sin que él supiese nada, la ha hecho llegar a su padre. Entre los Alsacianos que están en San Lorenzo, hay dos que se distinguen por su piedad y la bondad de su carácter, Benito Geiger y Troffer¹⁶: he enviado a este último a Villeneuve. El Padre Collineau, que ha conducido a los Hermanos de Agen y Villeneuve después del retiro, ha destacado especialmente a este joven Troffer. Su viaje se ha hecho poco más o menos como el de Saint-Remy; eran doce en camino.

Ya parece que habrá algunos internos más que el año pasado en la calle des Menuts. Está uno de los hijos del señor Barsalou de Agen...

Mis dolores cesaron al acercarse el retiro. Hice que me trasladaran al campo sin que pudiese tomar el aire a causa de la hinchazón. He tenido la cabeza bastante libre durante todos los ejercicios. He estado peor después. ¡Ánimo y paciencia!, lo digo, mi querido hijo, por usted y por mí. Gloria por siempre al Señor y a su santa Madre.

Siento no tener ninguna noticia sobre cada uno de nuestros queridos hijos, especialmente sobre Dubarry y Pascal, cuya conducta en los comienzos fue tan poco religiosa, y sobre Moliner, cuya enfermedad alarma a su familia, etc. Los abrazo a todos uno a uno, pero a usted el primero, no solamente como su primer Jefe, sino, mi querido hijo, como mi primogénito.



¹⁵ El **Padre Juan Feliciano Serre** (1797-1867), natural de Agen, fue ordenado sacerdote en 1821, tomó parte, en varias ocasiones, en los retiros de San Lorenzo, se consagró a María y fue admitido como postulante de la Compañía. Parece ser que no pudo obtener de su Obispo la autorización para abandonar la diócesis de Agen, y realizó, de 1827 a 1831, las funciones de capellán de las Hijas de María.

¹⁶ El señor **Teodoro Troffer**, nacido en 1804 en Sainte-Marie-aux-Mines, después de debutar en Villeneuve, fue enviado a Besançon para dirigir el Orfanato del Hospital Santiago. Fue también el primer Director de las Escuelas de Salins (1833), Castelsarrasin (1839) y Puylaroque (1845), donde abandonó la Compañía.

He aquí la carta anunciada en la anterior.

255. Burdeos, 6 de noviembre de 1823
Al P. Bardenet, Saint-Remy

(Copia. – AGMAR)

Señor,

Me han dicho varias veces mis hijos de Saint-Remy, sobre todo los Jefes, el señor David y el señor Clouzet, que habían encontrado en usted un segundo padre, que continuamente acudía en ayuda de ellos en las necesidades personales y de la obra: le estoy tan agradecido como si esos favores me los hubiera hecho a mí personalmente. Me lo esperaba, incluso contaba con ello, tanto por su manera franca y leal de hacer el bien como por lo que tuve el honor de exponerle simplemente sobre la situación apurada en que me ponían algunas obras que acababa de abrir.

Yo desearía saber por usted mismo, señor, si este Establecimiento, tal como se constituye, corresponde a sus planes. Si usted tuviese la bondad de abrimme su alma por completo, yo podría dar a esta Institución un movimiento y una dirección quizá más adecuados a las intenciones que usted tenía al atraer a Saint-Remy a los Hijos de María. A nuestros dos noviciados¹⁷ entran buenos sujetos; espero poder proporcionar algunos otros, a medida que vaya conociendo la clase de buenas obras que pueden realizarse en Saint-Remy: hasta ahora, he andado como a tientas.

Me parece, por mi correspondencia, que estos jóvenes religiosos se comportan bien; sin embargo, me gustaría mucho que usted me dijera lo que piensa. De un testigo como usted querría tener detalles sobre su conducta y su manera de conducirse con usted. No le sorprenderá mi petición si se ha dado cuenta de que todo el Instituto de María no es más que una gran familia que yo he engendrado por la gracia.

He tenido el corazón afligido al saber que algunos de estos jóvenes no tenían suficiente ropa para abrigarse en invierno; enseguida he hecho dirigir a Saint-Remy, por letra de cambio, una suma de 600 francos que nuestro corresponsal de Ribeaupillé me enviaba; pero indudablemente esa suma habrá sido insuficiente. Si hubiese sabido que esta extensa finca no tenía ninguna herramienta de trabajo ni ningún medio de cultivo, habría tomado mis medidas para que, en la época oportuna, se hubiese podido preparar una parte cualquiera de las tierras y sembrarlas: al menos habrían encontrado medios de subsistencia en el propio lugar. Puesto que la divina Providencia lo ha escogido a usted para representarla en esta obra naciente, le agradeceré que acuda en su ayuda, de manera que ellos no sientan necesidades –tanto en la alimentación como en el vestido–, peligrosas para su salud. Le agradeceré igualmente que tome nota o haga tomar nota de todo lo que por ayudarles a ellos le pueda causar perjuicio a usted: esas notas me indicarán que no son más que anticipos que usted habrá hecho, y le prometo reintegrárselos. Lo mismo digo cuando esos anticipos sean para poder utilizar algún local o para hacer trabajar alguna fanega de tierra. Está claro que, si no tienen muebles, no pueden recibir a nadie; si no siembran, ¿qué podrán recoger?

Usted comprenderá lo necesario que es que mantengamos correspondencia entre nosotros. Puede escoger entre esos jóvenes religiosos un secretario, que escribirá lo que usted le dicte o redactará lo que le diga. Le garantizo que él guardará fielmente el secreto, incluso ante sus cohermanos, sobre todo lo que podamos decirnos recíprocamente: bastará con advertirlo una primera vez por todas.

Suyo, etc.

¹⁷ De San Lorenzo y de la Magdalena.

El P. Chaminade prosigue sus negociaciones para la fundación de Condom.

256. Burdeos, 13 de noviembre de 1823
Al P. Castex, Condom

(Aut. – Archivo de la familia Gaïchies, Condom)

Señor,

Antes de decidirme a abrir una obra en la *Piétat*, envió a la señora Belloc a Condom, con una nueva nota de las informaciones que necesito y de las operaciones por hacer en el supuesto que se acepte. No es que el P. Collineau no me haya aportado instrucciones valiosas; pero ha estado demasiado poco tiempo en Condom como para poderme concretar todo.

Le agradecería, señor, que ayudase todo lo que pueda a la señora Belloc en el encargo que le doy. Espero que la Administración de los Hospicios no verá mal las precauciones que tomo, y los retrasos que inevitablemente se derivan. Creo entender que esta Administración, sensata en su manera de proceder, trata no solo de aumentar los ingresos del Hospital con la venta de esta inmueble sino que quiere también promover un Establecimiento que sea realmente útil a la ciudad: confío en que no será frustrada en su expectativa.

No he respondido todavía al señor Lachapelle, pero puede asegurarle que tendrá motivo para estar contento: le escribiré positivamente antes de hacer ningún movimiento decisivo. Le ruego que le presente a la señora Belloc, y, al mismo tiempo, mi respetuoso y total afecto.

Con mi más respetuoso afecto, etc.



257. Burdeos, 18 de noviembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

El retiro para los hombres¹⁸, mi querido hijo, acababa de comenzar, cuando recibí su carta con fecha del 7 de los corrientes.

He leído con interés y satisfacción su viaje a Besançon y su éxito. Saboreo esa Misión a los Maestros de las escuelas, en el sentido en que usted me habló la primera vez, tanto más cuanto que esta obra, si tuviese éxito, podría poco a poco generalizarse en Francia, ¡y entonces...!

La primera vez que me habló de ello, yo entendí que, mientras los Misioneros vendrían a darles un retiro, nosotros llevaríamos una Escuela Normal. ¿Usted cree que nosotros tendríamos que hacer lo uno y lo otro? Sería bastante difícil, teniendo en cuenta nuestro corto número de sacerdotes. Explíqueme bien las cosas tal como se ven. ¿Quizá, en el momento de la primera reunión, podría yo procurar hacer una visita? Ese momento no está demasiado lejos para hacer los preparativos convenientes. Entreveo la posibilidad de enviarle o llevarle una o varias ayudas útiles.

En cuanto a la Obra de Murat¹⁹, no tengo nada que decir hasta que usted me informe de sus planes.

¹⁸ De la Congregación.

Usted ha respondido sobre Colmar; ha hecho acuerdos... Ha hecho bien en dejar de lado lo que haya dicho el señor Párroco. He prometido maestros para el 1 de enero, ¿ha aceptado? Ni siquiera ha respondido, etc...

Me extraña que el señor Bernhardt no le haya ingresado 616 francos, y me extraña más todavía que, antes de salir usted para Saint-Remy, no le haya expedido a París una letra de cambio con esa suma. Él me enviaba dicha letra de cambio en una carta que escribía al señor Rothéa; cuando terminaba su carta, recibió una de usted en la que le pedía los fondos que tenía que ingresarme a mí: entonces no incluyó en su carta la letra de cambio, como decía al principio; él dice al señor Rothéa que esperaría nuevas órdenes. Le escribí inmediatamente que le enviase a usted la letra de cambio.

Los bienes del P. Romain²⁰ son demasiado poca cosa como para preocuparse. En cuanto a la hija del detentador, habría que asegurarse de que tiene una dote suficiente, a no ser que sea un sujeto extraordinario. El convento de Agen ha admitido a un gran número de sujetos que no han aportado nada. La señorita Durrenbach²¹ y la señorita Waller²² son dos excelentes sujetos, así como Genoveva Prêtre, a excepción de sus penas interiores. Agen tiene quince buenas novicias.

La Madre Teresa murió el 3 de noviembre, con la muerte de los santos. Antes de su muerte, envié a Tonneins a la Madre del Sagrado Corazón, para consolar a la Comunidad muy afligida, arreglar los funerales de la santa Superiora y ejercer provisionalmente las funciones de Superiora: las cosas siguen todavía igual.

La Madre Luis de Gonzaga ejerce en Agen, con mucha prudencia y celo, las funciones de Madre de las novicias.

Las Escuelas de Agen están llenas: envió allí un quinto hermano para la Escuela de desdoblamiento²³. Desde el final del pasado año, los prejuicios de la mayor parte de los padres más honestos de los alumnos se han disipado: este año envían a sus hijos... El señor Mémain es el Jefe²⁴.

¹⁹ Se trata de Marast, cerca de Saint-Remy. En esta pequeña localidad se encontraba un antiguo Priorato de Canónigos de san Agustín, que fue suprimido por la Revolución y adquirido por el señor Lieffroy. Este último lo cedió al Arzobispado de Besançon, que estableció allí un Seminario menor, trasladado en 1822 a Luxeuil, y lo volvió a ceder a la Compañía de María para crear una Casa de educación (1826). La Compañía de María hizo explotar la finca por unos granjeros, después por sus religiosos, y finalmente abrió un Internado (1836) que funcionó hasta 1903.

²⁰ El Padre **J. B. Romain** (1789-1853), nacido en Fouchy, Alsacia, había ejercido su ministerio en varias parroquias de la diócesis de Estrasburgo, «dando los más hermosos ejemplos de la virtudes sacerdotales y cumpliendo todos los deberes de un buen pastor» (Cartas dimisoriales del 10 de mayo de 1823), cuando se decidió a entrar en la Compañía de María. Trabajó en Saint-Hippolyte, en Burdeos y en Cordes, donde murió, dejando el recuerdo de un sacerdote muy piadoso, amigo del retiro, que hacía de la sagrada Escritura su alimento habitual.

²¹ En religión, Madre San José, llegó a ser Superiora del convento de Acey.

²² En religión, Madre Gabriela, llegó a ser Maestra de novicias en Artois.

²³ «La clase de *desdoblamiento* se compone de los alumnos que no pueden seguir las otras clases, o bien a causa de ausencias frecuentes o bien por falta de medios o como consecuencia de defectos incorregibles en las costumbres o en el carácter, y de los niños del campo, además de algunos sujetos que merecerían alguna ayuda: el *maximum* de alumnos podría ser de 50 a 60» (*Ancienne Méthode* de Agen, 1824, art. 10).

²⁴ El señor **Jean-Marie Mémain**, nacido en 1797 en Saint-Loubès, cerca de Burdeos, entró en la Compañía a finales de 1818 y fue en 1820 uno de los fundadores de la Escuela de Agen. En 1823 llegó a ser su Director, y, salvo algunas ausencias momentáneas, permaneció allí hasta 1833. En esta fecha, fue nombrado Ecónomo del Internado Santa María, donde el P. Lalanne acababa de reemplazar al señor Auguste, y contribuyó al traslado del internado de Burdeos a Layrac (1835); en esta misma fecha, sucedió al señor Auguste como Jefe general de trabajo de la Compañía. Tras algunas dificultades de orden financiero, dejó Layrac (1836), volvió a tomar la dirección de las Escuelas de Agen y en 1837 salió de la Compañía. – El señor J.-M. Mémain tenía un hermano, Antonio, que solo pasó unos pocos años en la Compañía.

Las Escuelas de Villeneuve han debido de abrirse ayer, día 17. Estaban preparando una recepción pomposa a los Hermanos el 16, día de su llegada a Villeneuve. El señor Laugeay es el Jefe...

Acabo de enviar a Condom a la señora Belloc, con instrucciones muy precisas, para que tome y me dé después las informaciones sobre el establecimiento proyectado de un Internado de señoritas.

La vuelta de los internos a la calle des Menuts se está haciendo de una forma positiva: ya hay más de 80 internos o mediopensionistas.

Todo va bastante bien en nuestros tres Establecimientos de Burdeos, excepto los recursos económicos. Estamos siempre en apuro y dificultad. Pero no murmuramos por eso: damos gracias a Dios por la ayuda habitual que nos da para que las obras emprendidas se sostengan.

Quizá vea usted citado en algún periódico el Instituto de María: es lo que se me dijo el otro día en el Secretariado del Arzobispado. El Ministro ha pedido conocer todas las Instituciones religiosas, en la sección de hombres, y el P. Barrès ha puesto el Instituto de María. Le he pedido saber lo que dice; poco más o menos dice lo siguiente: *Este Instituto se dedica a la enseñanza en los Colegios, las Escuelas primarias, las Artes y Oficios. En Burdeos, dos noviciados y un establecimiento.*

No me habla usted nunca, mi querido hijo, de la autorización que está encargado de pedir y que es una parte tan importante de su misión. Supongo que se estará ocupando de ello: pero ¿por qué no me comunica sus ideas en un asunto de tan gran interés?

En todas sus cartas, mi querido hijo, percibo su alma agitada por la sensibilidad y como sumergida en la amargura. Las causas que yo conozco no me parece que sean como para producir un mal tan grande. No sé qué decir ni qué pensar, al verle habitualmente en una especie de tormento. Usted experimenta contrariedades: ¿y quién no las experimenta en este mundo, y sobre todo en tan grandes empresas? Yo las experimento de todas partes, y siento vivamente sobre todo esa especie de irascibilidad que las tuyas, que son también las mías, han puesto en su alma. ¡Que el Señor se digne otorgarle su paz!

Voy al ejercicio del retiro y pediré a Dios que realice ese deseo de mi corazón.



258. Burdeos, 25 de noviembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Usted ha recibido antes de esta, mi querido hijo, otras dos cartas que le escribí tras el envío de los dos poderes. Acabo de recibir la suya del 14 de noviembre: parece que las cartas tardan más en llegar a Saint-Remy que en venir aquí: ordinariamente recibo las tuyas al noveno día de su fecha.

En la penúltima, le enviaba copia de una carta que escribí al P. Bardenet. Las dos salieron varios días antes de su penúltima, en que usted me hacía reflexiones sobre sus relaciones con el P. Bardenet y sobre la carta que el señor Clouzet me había escrito a este respecto mucho antes. Pero no me arrepiento de haberle escrito: nuestro silencio respectivo es un mal; hay que evitar ese mal, si es posible; si no es posible, veré lo que hay que hacer en una circunstancia parecida. Si yo hubiera recibido antes las últimas reflexiones de usted, mi carta al P. Bardenet habría tenido otro giro: ¡no importa! Si él

le habla de ella, comprométale a escribirme o a hacer que se me responda. Este silencio político no sirve para nada entre nosotros.

Es a usted, mi querido hijo, a quien he constituido como mi procurador, y nunca he tenido otra idea. En la procuración sin legalizar, aparece nombrado usted, y era necesario; la procuración por notario sería en blanco, y cualquiera podría ocupar su nombre, lo sabe usted mejor que yo. Ya le he dicho el estado de sufrimiento en que me encontraba entonces, así como de sobrecarga de asuntos: por eso no acompañé con una carta ninguno de los dos poderes.

Siento muy vivamente, mi querido hijo, su penosa situación. Me parece que preferiría soportarla solo a imaginármela sin participar en ella. Temo a veces haber aceptado una obra tan grande por encima de nuestras fuerzas, y que es tan poco e incluso no del todo conforme a la petición u ofrecimiento que se hizo primitivamente. Yo me di cuenta de una gran parte de esta diferencia por la carta que usted me escribió de Belfort. Pero ya está hecho: adoro los designios de Dios; trabajamos por él, y no por nosotros. Yo me tranquilizo, me animo y espero que Dios nos hará encontrar todo lo que sea necesario. Dos consideraciones me ayudan a tranquilizarme: la primera es que yo tenía razones, al menos aparentes, para creer que este establecimiento se sostendría solo, y que, en todo caso, los que lo habían provocado le ayudarían al menos a formarse. La segunda es que los establecimientos que van a hacer el mayor bien son ordinariamente aquellos cuyo nacimiento es más dificultoso y tormentoso. ¡Dios sea alabado en todo!, como usted concluye muy bien algunos puntos de sus últimas cartas.

Espero una respuesta del P. Bardenet. Si no responde dentro de quince días o de tres semanas, me parece que le escribiré una segunda carta, que podría ser la última.

Mientras tanto, indíqueme con detalle y sin mal humor, si es posible, todos sus planes y los medios para ejecutarlos. Hasta ahora, le confieso que me resultaría difícil darme cuenta a mí mismo del establecimiento de Saint-Remy. Y mucho más difícil me resultaría dar cuenta a otros. Cuando me hablan de él, doy respuestas que veo que son poco comprendidas, y ¿cómo podrían serlo? Cuando sepamos a qué atenernos, haremos lo que podamos en esos proyectos; lo que no podamos hacer —e indudablemente habrá muchas cosas de este tipo— esperamos, tendremos paciencia.

La Escuela Normal, si se crea, me agradaría mucho. Una especie de Colegio o Internado, en que se enseñasen los elementos de las artes y oficios, la escritura, la lengua francesa, etc..., se podría formar al principio sin muy grandes esfuerzos. A medida que el Internado llegase a ser más numeroso, se encontrarían recursos para vivir y hacer trabajar la finca, y gradualmente para hacer las otras obras que permite esta extensa casa...

Hago escribir al P. Weber para que cobre esos 200 francos al señor Bernhard y se los haga llegar a usted inmediatamente.

No puedo entender que el P. Bardenet no quiera asociarse con nosotros, si pone tanto empeño en comunicarse conmigo... ¡Más paciencia!

Siento que tendría muchas cosas que decirle todavía; pero me detengo para que esta carta pueda salir. Hoy, 25 de noviembre, es el último día del retiro de los hombres; lo hacemos durar 10 días. Le abrazo con todo cariño, abrazo también a todos mis queridos hijos de Saint-Remy, incluidos los nuevos postulantes²⁵.

²⁵ El 4 de septiembre se habían presentado los dos primeros postulantes, los señores Juan Rosette y Antonio Guyot, que llegaron a ser excelentes religiosos y cuyo recuerdo contó con la veneración de toda la Compañía. El señor Guyot fue más tarde uno de los instrumentos providenciales de la vocación del P. de Lagarde.

P. D. He recibido la carta que me ha escrito el señor Pascal: le responderé pronto.

En esta misma fecha se sitúa una carta del P. Chaminade a su familia.

259. Burdeos, 25 de noviembre de 1823
A la señora Sofía Lala, Sarlat

(Aut. – Archivo de la familia de Lala)

Sí, mi querida sobrina, te estoy cariñosamente unido, así como a tu marido y a vuestro hijo. Has interpretado bien que mi silencio no tiene otro motivo que la imposibilidad de escribir tanto: mis relaciones aumentan cada día; no puedo responder a todas las cartas, incluso a las más urgentes; muchas personas se quejan de no recibir respuesta. En lugar de quejarme, ¿qué puedo hacer más que no perder nunca un instante?

Tu marido, querida hija, cree que tengo los brazos muy largos al pensar que podría ayudarle, ante el Ministro, a conseguir el empleo que desea y merece. Se equivoca mucho. Si parece que hago algún bien, no es porque tenga grandes protectores, sino porque Dios bendice mis proyectos.

Fermín tendrá que ir al servicio militar el próximo año. Habrá que ver –si no encontráis otro medio de eximirlo–, si en Sarlat o en el Distrito de Subprefectura, hay una oficina donde los jóvenes depositan cierta suma, para comprar reemplazantes si les toca el sorteo. Ese medio existe aquí y creo que en la mayor parte de los Departamentos.

Te agradeceré, mi querida hija, que me disculpes ante el señor Veyssière: yo pondré siempre el mayor interés en obtener su mediación; pero ¿la necesitas para ti?

Yo estaré siempre a tu servicio, al de tu marido y al de Fermín: pero pedidme lo que dependa de mí.

Con mi total afecto y mi más cariñoso saludo.

P. D. Mi hermana te abraza así como a Fermín, y saluda afectuosamente a tu marido y a la señorita Mondesse.

He aquí la primera de las cartas dirigidas por el Fundador a un grupo de religiosos: se notará en ella el espíritu de fe y la ternura de corazón que le animan.

260. Burdeos, 2 de diciembre de 1823
A la comunidad de Saint-Remy

(Copia. – AGMAR)

A MIS QUERIDOS HIJOS, LOS JEFES Y LOS DEMÁS RELIGIOSOS,
 CONVENTUALES DEL CASTILLO DE SAINT-REMY.

Hace mucho tiempo, mis queridos hijos, que deseo escribirles: mi corazón me habría llevado a dirigirles a cada uno individualmente la expresión de la ternura paternal que siento por cada uno de ustedes en particular; pero estoy tan sobrecargado de trabajo,

y los gastos de correo son tan costosos, que he creído mejor dirigirles a todos unas palabras de consuelo.

Digo de consuelo, mis queridos hijos, porque acabo de saber que sufren grandes privaciones, que un frío extremo les ha sorprendido desprovistos de las cosas más necesarias para protegerse de sus rigores. Mi primer sentimiento ha sido el de la compasión por mis queridos hijos de Saint-Remy: les confieso que me hubiera dolido menos tomar sobre mí todos sus sufrimientos que saber que están en esa penosa situación sin poder remediarla de inmediato. Pero, elevándome por la fe hasta el árbitro de nuestros destinos, he adorado los designios de su providencia paternal. Me he dicho a mí mismo: El Señor toma su criba en la mano; quiere probar a esta colonia de élite; quiere discernir los que son aptos para echar los fundamentos de un Establecimiento que debe producir tan excelentes frutos en estas provincias lejanas. Una juventud virtuosa a medias no sería digna de una obra así. Espero, mis queridos hijos, que ninguno de ustedes sucumbirá a la prueba del Señor; que no habrá entre ustedes ningún flojo, ningún murmurador, ninguno que merezca ser rechazado. Todas las grandes obras, todas las empresas para la gloria de Dios y de la Santísima Virgen, están atravesadas de diferentes maneras, siempre inesperadas, fuera de las previsiones ordinariamente de la sabiduría humana. ¡Sean valientes, sean radicalmente fieles! ¡Empápense cada vez más del espíritu del estado religioso! Aunque sufran contrariedades y penas, tendrán la paz del alma y la satisfacción del corazón: serán realmente felices.

He sabido con agrado, mis queridos hijos, que tienen ya entre ustedes varios postulantes, que pronto podrían llegar a ser fervientes novicios. Lo lograrán si ustedes les dan ejemplos de puntualidad, de virtud y de fervor. Es una feliz obligación el deber que tienen de darles siempre buenos ejemplos. Díganles que ellos tienen un sitio en mi corazón; que estoy impaciente por conocer suficientemente sus sentimientos y sus disposiciones para reconocerlos y adoptarlos también como hijos míos. Deseo, mis queridos hijos, que ellos participen desde ahora de la bendición paternal que les doy a ustedes en la efusión de mi corazón.

P. D. He escrito esta carta de mi puño y letra, y quería que la recibiesen tal cual, cuando un pequeño imprevisto me ha obligado a hacerla copiar. Lo va a hacer el joven hermano Tissier: lo he tomado como copista; lo mantengo habitualmente conmigo desde el final del verano.

La Madre Teresa, Superiora del convento de las Hijas de María de Tonneins, murió en olor de santidad, el pasado 3 de noviembre. Tras su muerte, el Instituto de las Hijas de María está sintiendo efectos muy sensibles de su protección.

Las Escuelas de Agen y de Villeneuve van bien: reina un gran fervor entre los Hermanos.

El Hermano Mémain es Jefe en Agen. El Hermano Moulinié²⁶ es su consuelo, por su espíritu de humildad y penitencia, y también por un buen juicio totalmente religioso. La afluencia de niños es tan grande que me he visto obligado a enviar un quinto hermano, el Hermano Cros, que no es más que postulante: pero es capaz y buen religioso.

En Villeneuve, el Jefe es el Hermano Laugeay. Allí destaca el joven Hermano Troffer, por su gran modestia y su tierna piedad.



²⁶ El señor **Juan Moulinié**, que entró en San Lorenzo en 1820, ejerció más tarde las funciones de Director en Moissac (1827-1834), y salió de la Compañía en 1836.

261. Burdeos, 4 de diciembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Por sus dos últimas cartas, mi querido hijo, veo su alma sumida siempre en la agitación y la amargura, y siento mucha pena por ello. Indíqueme por favor lo antes posible lo que pueda llevarle la paz y el consuelo: estoy completamente decidido a hacer todo lo que me sea posible para procurarle ese bienestar del alma.

Ha tenido que recibir ya una carta en la que le digo, muy formalmente, que el poder en blanco debe ser rellenado con su nombre: nunca pensé otra cosa. Cuando el pasante del notario me lo trajo, le pregunté por qué no había puesto el nombre de usted; me respondió que lo haría usted mismo; que ésa era, creo, la costumbre.

La Madre Teresa ha muerto: el señor Lacaussade, al principio de su enfermedad, me escribió que era necesario que hiciese un testamento, a causa de la viña o viñedo comprado a su nombre para el convento. Le respondí que ya había hecho uno. No hablé más de ello. Lo he hecho buscar en el despacho de usted: no está y, lo que es peor, no hay ningún testamento ni de los religiosos ni de las religiosas. ¿Se llevaría usted los legajos de estos testamentos con los cuadernos del Instituto? ¿Qué hacemos? No se han tocado sus papeles: todo está como usted lo dejó.

Si el P. Bardenet entiende la carta que le he escrito en su adecuado sentido, lo cual espero que haga, sobre todo si está bien fundamentada, tendremos un medio para avanzar. En caso contrario, trataremos de pedir en préstamo una cantidad un poco considerable, pero no al señor Bernhard de Ribeauvillé: no me inclino del todo por él, al menos por el momento. Preferiría dirigirme al señor Masson: ya le hablaré de ello, si hay ocasión.

No me dice nada, mi querido hijo, de la autorización del Instituto que hay que pedir al Gobierno. En todo caso, voy a conseguir del Arzobispado una aprobación en forma.

Intente, mi querido hijo, dominarse y tener paciencia. Nuestro Señor, prediciendo a sus Apóstoles las numerosas y violentas contrariedades que tendrían que padecer en la misión que les daba, les decía: *Possidebitis animas vestras in patientia vestra*²⁷.

Escribo al señor Clouzet, y en el sobre hay: 1º una carta común para toda la colonia; 2º una nota para el P. Rothéa; 3º otra nota para el señor Pascal.

Le abrazo con todo cariño.

Aquí se intercalan directrices dadas al Convento de Agen.

262. Burdeos, 5 de diciembre de 1823
A la Madre de Trenquelléon, Agen

(Aut. – AGFMI. – El final tomado de una copia)

El poco tiempo, mi querida hija, que tengo para dedicar a este correo suyo me hace tomar, para responderle, su carta del 25 de noviembre.

No se extrañe, sobre todo no se inquiete, de algunas maledicciones que se elevarán contra unas medidas atinadas que usted ha creído que debía tomar.

²⁷ «Seréis dueños de vuestras almas con vuestra paciencia».

Ha obrado bien poniendo a prueba a Sor Brígida. Creo que, después de esta prueba, usted le ha expresado su satisfacción y la ha animado a pisotear vanas consideraciones humanas y a desear ocasiones más fuertes para ello.

En cuanto a las Terciarias, en la primera asamblea, es preciso que la Madre Emmanuel, con bondad, pero también con energía, les haga comprender y sentir la injusticia de su propósito. Si, entre ellas, hubiese alguna que quisiera seguir en sus trece, la Madre Emmanuel podría llamarla en particular, y si no se sometiese a las nuevas reconvenções que le hiciera la Madre, no habría que preocuparse de que se retirara de la Tercera Orden.

¿Por qué añade usted al título de Conversa *que sale*? ¿Por qué no simplemente el de Conversa, como dice el Reglamento? Las Conversas deben, según los Reglamentos, estar dispuestas a salir, cuando reciban la orden por la necesidad de las Comunidades en que se encuentran y de las funciones a las que se dedican. Todas las que tengan el hábito de *las que salen*, no tendrán que salir sino estar dispuestas a salir si las circunstancias lo exigen. La Hermana Genoveva, por ejemplo, no tendrá quizá que salir nunca por sus funciones de jardinera, pero... Me parece que ya expliqué bien estas ligeras diferencias, necesarias en el desarrollo del Instituto, pero que dejan al Instituto en la integridad de su organización. Pero volveré a ello si todavía hay dificultad.

Habría inconveniente, mi querida hija, en que las Conversas que, por ejemplo, fuesen al mercado saliesen con velo; no lo habría si saliesen para acompañar a las niñas a la parroquia: el velo más importante, que todas deben tener, es el de una gran modestia. Es preciso que las Conversas a las que se da encargo de salir puedan edificar por sus buenos modales, por su modestia, por su discreción, etc. Es preciso que su Madre las instruya y las forme realmente en la virtud, y que los sujetos sean también capaces de recibir las lecciones y la forma que se quiera darles. Hacen falta caracteres flexibles y dóciles. No se apresure en aumentar el número. No tema despedir a las que no le parezcan aptas para la obra del Señor; ordinariamente puede darse cuenta de ello desde el primer mes del postulante. Los sujetos reacios, caprichosos, volubles, que usted mantiene con cualquier pretexto, perjudican, con su mal ejemplo, a otros sujetos que habrían salido adelante si no hubiesen visto más que buenos sujetos que les hubieran edificado.

Miraré inmediatamente las apreciaciones que me ha enviado. Sea madre, buena madre, la más tierna de las madres, si quiere, pero solo de sus hijas. No ha adoptado todavía, y menos todavía engendrado, en las entrañas de su caridad, a las postulantes. Ni usted, ni la Madre de novicias, ni la Madre de las Conversas son Madres de las postulantes, no son más que sus Maestros, sus Jefes, etc.

Doy mi consentimiento con satisfacción a que Sor Gabriela, Sor San José y Sor Genoveva tomen el santo hábito de la religión y del Instituto en la Concepción de la Santísima Virgen. El hermano de la Hermana San José, así como su primo Bernard Bernhard, tomarán la sotana por la misma época. Diga, por favor, a la Madre San Vicente que no les presente la cuenta de sus hábitos, y menos todavía la envíe a sus padres: ya le hablaré de ello en cuanto pueda escribirle, que tenga paciencia.

Me veo obligado a detenerme aquí. Que el Señor derrame sus bendiciones sobre usted y sobre toda la comunidad.

P. D. Lamento que se haya incluso pensado en consultar a Monseñor para saber si había que dar un velo o no a las Conversas que salen.

Hay algunos datos para un pequeño establecimiento de las Hijas de María en Burdeos.

Me extraña no tener ninguna noticia de la señora Belloc.

Continúa la carta.

Quiero volver a usted, mi querida hija, unos instantes.

Para disminuir mi correspondencia con el Convento, ¿no podría usted decidir, con el Superior local, un gran número de asuntos, que se pueden llamar corrientes, como, por ejemplo, los de entrada al postulante, al noviciado, etc.? Hay reglas para conocer la aptitud de los sujetos; usted ha adquirido una cierta experiencia; conoce el espíritu del Instituto: usted y el Consejo podrían responsabilizarse de muchas cosas, salvando siempre el parecer del Superior local, que debe ser como un centinela, atento a que ni el espíritu del mundo ni el espíritu de la naturaleza se introduzcan nunca en el Convento, el Convento sobre todo que llamamos Casa Madre, donde deben reinar el espíritu primitivo del Instituto de María, la perfección y el fervor. De vez en cuando usted me informará de todo lo que haya pasado; me someterá también todos los asuntos que no pudieran resolverse o delimitarse con las Constituciones y Reglamentos, todos aquellos en los que hicieran falta dispensas o permisos que tendrían una larga duración o consecuencias importantes. De esta manera, su curso corriente no se vería detenido.



El estado anímico del señor David preocupaba cada vez más al Fundador.

Y sin embargo, ignoraba todavía las operaciones a las que el señor David se había entregado durante los meses de octubre y noviembre, operaciones que fueron, se puede decir, milagrosamente detenidas por el rechazo de adhesión del Marqués Voyer d'Argenson, y que, si hubieran seguido adelante, habrían llevado a la Compañía a la ruina. Efectivamente, la Compañía se habría visto empeñada de nuevo por una suma de más de 100.000 francos.

El 28 de noviembre, el señor David escribía de repente al Buen Padre: «Heme aquí, gracias a Dios, liberado de todos los asuntos que habrían podido retenerme aquí. Decirle cómo y por qué, sería demasiado largo. Solo me queda enviar al transportista un baúl y yo le seguiré enseguida».

A lo que el P. Chaminade daba la respuesta siguiente.

263. Burdeos, 9 de diciembre de 1823

Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Me sorprende tanto, mi querido hijo, su determinación efectiva de abandonar Saint-Remy que no sé qué decir ni qué pensar; además todas las reflexiones que yo pudiera hacerle serían totalmente inútiles, y quizá peligrosas, puesto usted se ha puesto, por decirlo así, en manos de su propio consejo. Otros más sabios que usted han sido víctimas de sus pretendidas luces: ¡que Dios le preserve de ese desgraciado final!...

Ya disculpará, dice, como usted sabrá, el fracaso de Saint-Remy. – No hay fracaso más que cuando usted se retira y, proclamándolo, expone a este Establecimiento a caer realmente. ¿Quién es el hombre sabio que haya nunca augurado que, porque esta obra no haya podido echar a andar en cuatro meses, no iba a tener éxito?

Pero creer que el éxito de esta obra es imposible, y disculparlo, eso es justicia. Usted lo hará sin inculpar a nadie, como usted sabe, y eso no será muy difícil: en este asunto no hay de reprehensible más que usted o yo, y seguro que no será usted...

Usted se habría liberado de todas esas dificultades y habría dado un golpe menos duro a esta fundación naciente si hubiese pretextado una necesidad urgente de ir a París.

El P. Tharin es sin duda muy digno de su confianza, y en cualquier otra ocasión hubiera sido yo el primero en invitarle a ir a verle, a consolarse con él, etc. De vez en cuando tengo ocasión de hablar con el P. Carbon, el Superior de nuestro Seminario mayor, con quien él estuvo muy unido²⁸. Pero ¿es prudente, en la situación actual, ir a buscar en él el bálsamo del consuelo para aplicarlo en la herida del corazón de usted? Su herida, antes de cicatrizar bien, se abrirá de nuevo, con mucho dolor, cuando sepa, no sé cuándo, las nefastas consecuencias de sus confidencias. Porque yo le supongo muy sinceramente unido al Instituto; lo creo también realmente unido a mi persona: sería incluso posible que todos sus tormentos tuviesen su causa principal en estos vínculos de su corazón.

Las contrariedades que la Providencia permite le hacen considerar todo perdido, etc. Y sin embargo, esas contrariedades son más contrariedades de sus puntos de vista que de la obra que el Señor le ha confiado; esas contrariedades son, en los designios de Dios, medios de santificación para usted, para nuestros hijos de Saint-Remy y también para mí. Reconozco que, por mi parte, ya he sentido muy buenos efectos para mi alma de las muchas preocupaciones que me causan sus cartas desde hace varios meses. Al haberse producido sus inquietudes, al menos en gran parte, por las cartas que yo le escribí, es de suponer que, si las lee con un espíritu de religión, verá también que es bueno haber llevado la paciencia hasta la abnegación de sus propias ideas, y que en esta abnegación encuentra, con la paz de su alma, nuevas luces que nos compensan abundantemente del sacrificio que hemos hecho de las nuestras.

Iba usted a entrar en retiro cuando me ha escrito la carta a la que respondo. Si ha entrado con espíritu de humildad, que es la disposición fundamental, supongo que habrá renunciado a sus viajes a Vesoul y a Besançon, y que esta carta lo encontrará tranquilo en Saint-Remy.

Hoy hace cinco días que le escribí mi última carta, en que le rogaba que me informara pronto de qué ha sido de los testamentos de las religiosas y de los religiosos, que no se encuentran en su despacho. Hágame el favor de darme al mismo tiempo la dirección del P. Tharin en París. Si no hubiera estado tan acuciado, hace ya muchos días que le habría escrito a Besançon.

Una media hora después de leer su carta, ayer, recibí del Arzobispado la autorización del Instituto, que yo había pedido, como creo que ya le dije. He hecho escribir una copia para usted, que incluyo en esta carta. No haré ninguna observación al P. Barrès, redactor escogido de acuerdo con el señor Arzobispo, hasta que usted me haya hecho sus propias observaciones.

He aquí la copia de la carta del P. Barrès, que acompañaba a la autorización:

Señor y respetable Cohermano,

¡Una de las fiestas de nuestra Buena Madre, y la fiesta por excelencia de nuestras congregaciones!... La ocasión es demasiado propicia como para no enviarle la aprobación del Instituto de María... He aquí, por fin, esta aprobación, acompañada de mis excusas y de mi pesar por el retraso. Pero, por muy firmada y sellada que esté, ruego al señor Chaminade que no la considere más que como un proyecto –si tiene alguna cosa que añadir, modificar o suprimir– y que me la devuelva con todas sus correcciones.

Le renuevo, mi respetable Cohermano, todos los sentimientos de afecto y respeto de su muy humilde y obediente servidor,

8 de diciembre de 1823.

BARRÈS, Vicario general.

²⁸ El P. Tharin y el P. Carbon habían vivido juntos en la comunidad de San Sulpicio en París.

Le advierto, mi querido hijo, que el original de la aprobación tiene varias tachaduras, y no está refrendado por el Secretario del Arzobispado.

Desde ayer, rezo y hago rezar continuamente por usted, bien entendido que sin dar explicaciones. ¡Que la Santísima Virgen se digne seguir concediéndole su protección maternal!

Quizá se desee encontrar aquí el texto de la aprobación del que se habla en la carta anterior.

DIÓCESIS DE BURDEOS.

NOS, CARLOS-FRANCISCO D'AVIAU DU BOIS DE SANZAY, POR LA GRACIA DE DIOS Y LA AUTORIDAD DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO DE BURDEOS, PAR DE FRANCIA, COMENDADOR DE LA ORDEN DEL ESPÍRITU SANTO,

Según la comunicación que nos ha sido transmitida por el señor Chaminade Guillermo-José, Canónigo de nuestra Iglesia Metropolitana, de la intención que tiene de solicitar de la bondad del Rey la autorización legal y soberana de la Asociación religiosa y de beneficencia creada por él, con el nombre de Instituto de María, para facilitar, extender y perfeccionar la enseñanza primaria;

Habiéndonos pedido nuestro dicho señor Chaminade examinar el objeto, el fin, el espíritu y las reglas de dicho Instituto para darle nuestra aprobación episcopal, si procedía;

Vistos los estatutos de dicha Asociación, de 49 artículos, relativos a su formación, su modo de vestir y disciplina, en sus diferentes ramas de enseñanza y a su puesta en actividad;

Examinados con el mayor cuidado el conjunto del proyecto y cada una de sus partes, los resultados positivos ya obtenidos en los primeros pasos y los que cabe esperar de una organización perfecta, marchando con confianza bajo la égida de la religión y de la autoridad del Rey;

Considerando: que el Instituto propuesto, pensado en primer lugar como Asociación religiosa, presenta todas las garantías deseables y más queridas a la religión, por el carácter, los principios, la fidelidad probada y los útiles trabajos del estimable sacerdote que es su autor; por los éxitos que han tenido ya sus Congregaciones y otros establecimientos piadosos abiertos por él, y por la confianza general de la que estos Establecimientos gozan en nuestra diócesis y las diócesis vecinas:

Que, considerado como Asociación de beneficencia y en sus relaciones con el Estado, el Instituto de María:

1º En su formación, está en perfecta armonía con las leyes que nos rigen sobre la aportación y disfrute de los bienes en sociedad;

2º Respecto a la enseñanza, que teniendo en la Casa Madre, y en otras del mismo género a crear si es necesario, un curso previo de teoría y de aplicación exacta, tiene que resultar de ello la uniformidad tan deseable en todas las Escuelas;

3º Que, sirviéndose de un método análogo al de tan provechosamente utilizado por los Hermanos de la Doctrina cristiana, perfeccionado además con la experiencia, y acompañando todas sus Escuelas con Congregaciones piadosas, tiene que conseguir necesariamente el fin de una educación cristiana sólida y monárquica;

4º Que por la unión de las Escuelas prácticas de Artes y Oficios con las Escuelas de enseñanza primaria, –unión que facilita en todas partes el establecimiento de Escuelas apropiadas a las necesidades y costumbres de las localidades–, este Instituto procura sobre todo un beneficio casi desconocido hasta hoy, y tanto más necesario a la juventud cuanto que ella está como expuesta, al entrar en los diversos talleres, a perderse casi con seguridad, y ha sido preciso crear en París Casas de San José para prevenir y disminuir una parte de los grandes males que resultan de este abandono de los jóvenes;

Considerando que el Instituto d María abarca en su solicitud y su caridad las edades, los estados y las clases de la sociedad que tienen sobre todo más necesidad de ayuda;

Que el excedente de sus recursos, si lo tiene, puede refluir de la manera más favorable en las clases más elevadas y en todas las demás necesidades, proporcionando Misioneros a las campañas, profesores a los Colegios, y patronos destacados en la economía rural y las diferentes ramas de l industria;

Considerando, finalmente, que la experiencia ya ha declarado a su favor, de la manera más consoladora, por los éxitos obtenidos en todos sus establecimientos provisionales;

Por esos motivos, consideramos a dicho Instituto de María muy beneficioso para la religión, útil y necesario para el Estado;

Nos aprobamos los estatutos en todo lo que nos concierne; solicitamos en su favor la sanción real, y formulamos nuestros más sinceros deseos de que el Instituto, nacido y formado en nuestra ciudad Metropolitana, sea siempre una de sus joyas, y que la Ciudad fiel siga siendo el centro de los bienes que el Instituto debe extender por todo el Reino.

Hecho y decretado en Burdeos el 6 de octubre de 1823.

CH. FR., *Arzobispo de Burdeos*

Por mandato:

GIGNOUX, *can. hon.; Secr.*



Con esta misma fecha, el P. Chaminade dirigía la nota siguiente a la señorita de Lachapelle, convertida en Madre María de la Encarnación.

264. Burdeos, 9 de diciembre de 1823
A la Madre María de la Encarnación, Agen

(Aut. – AGFMI)

Diga, por favor, a la señora Belloc que no he recibido todavía del señor Alcalde de Condom la resolución del Consejo municipal de la que ella me habló: no he recibido más noticias que las que ella me ha dado. No pienso escribir más que después de recibir esta resolución. Ella verá si podría insinuarlo en su correspondencia con el P. Castex.

Nuestra fiesta de la Concepción va bastante bien.

¡Sea una buena Hija de María!



Nueva carta del P. Chaminade, llena de angustia.

265. Burdeos, 16 de diciembre de 1823
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Respondo enseguida, mi querido hijo, a su última carta que por error usted data el 3 de noviembre.

Efectivamente debe usted tener una gran aflicción, puesto que me cree culpable de una injusticia tan grande como la que me describe. Pero, mi querido hijo, tras haber percibido ese enorme pecado, *el de haber hecho una promesa que no he cumplido*, ¿no se ha dado cuenta, por el conjunto de mis cartas, anteriores y posteriores a dicha promesa, que usted la tomaba en un sentido demasiado amplio, o que le daba un plazo de cumplimiento demasiado corto? Estoy tan convencido de ello que, aunque tenga la copia de todas las cartas que le he escrito, no creo que tenga que volverlas a leer, tan seguro estoy de no haber *querido* o *entendido* hacer semejante promesa. – Pero usted la ha hecho, me dice; tengo la carta escrita de su puño y letra. – No tengo nada que responder a una acusación tan grave, sino pedirle que me envíe una copia literal de toda esa carta, con su fecha. Es preciso que sea muy corta, y que yo haya tenido un momento

de ausencia de atención, para que yo mismo haya escrito una carta sin hacer sacar una copia de ella, una carta en sentido contrario a mis disposiciones habituales, una carta que contiene una promesa tan clara, tan precisa, y cuyo enunciado no haya sido oscurecido por una multitud de cartas que no la suponían. Sea lo que sea, aunque hubiese hecho una promesa soñando, la cumpliría. El incumplimiento de una promesa, aunque sea en materia muy grave, a lo más es solo un pecado material, cuando el que falta a ella está de completa buena fe y el conjunto de todas las circunstancias lo deja en una ignorancia invencible. En lugar de tantas lamentaciones, cuando usted se ha dado cuenta de que yo había hecho *semejante promesa* y no obraba en ese sentido, ¿por qué no me ha enviado una copia?

Siento, mi querido hijo, que cuanto más justas fueran mis excusas o justificaciones, menos se consolaría usted, y lo que yo deseo es su consuelo. Usted ha hecho promesas que ahora no puede cumplirlas. Pues bien, ¿cuáles son esas promesas? Sean las que sean, haré toda clase de esfuerzos para ayudarle a cumplirlas... Me parece además que usted se preocupa mucho. Y ¿cuándo se ha visto como una injusticia el retraso de unos meses en hacer en una nueva obra cosas que se habrían prometido? Pero veo que descargándome a mí mismo con algunas reflexiones, le daría ocasión para hacer otras nuevas y no acabaríamos nunca... ¿Qué promesas ha hecho? ¿Qué quiere hacer en Saint-Remy? ¿Cuántas veces le he hecho, directa o indirectamente, esta última pregunta? ¡Si no quemamos nuestra correspondencia, no sé lo que pensarán aquellos en cuyas manos caiga!

Vuelvo, mi querido hijo, a lo que usted llama una injusticia, nuestro enorme pecado, y del que tiene un dolor mortal, superior al de David, de quien toma prestadas las palabras. Con el acuerdo de venta del castillo Saint-Remy, ¿nos hemos enriquecido o se ha enriquecido el Instituto? Yo digo que nosotros, tomados personalmente, lejos de enriquecernos, nos hemos empobrecido: esta verdad es tan evidente que no necesita pruebas. – Pero ¿se ha enriquecido el Instituto? Digo intrépidamente: ¡no! con las condiciones tácitas o verbales que parece haber. Y si no hubiera más que las que yo conozco, y que me han decidido al principio, respondería también que no, al menos con una riqueza actual, aunque sí solo con una posibilidad de riqueza: posibilidad tan onerosa que nadie la querría, no examinando las cosas más que humanamente y en el orden temporal. Estoy tan convencido de ello que no oso hablar de esta operación más que en el orden de la religión.

Estoy de acuerdo en que una corporación fuerte y rica hubiera podido sacar un gran partido de esto para enriquecerse más. Pero una corporación naciente y no acomodada tiene que empobrecerse más todavía; si no utiliza una gran prudencia, si no sabe ni sufrir ni esperar, sucumbirá. Seguro que el P. Bardenet, y los que le hayan aconsejado, nos creían en una situación muy diferente de esta en la que estamos realmente. Efectivamente, deben reírse o tener compasión de nosotros viéndonos carentes de todos los medios necesarios para sostener una empresa que requería tan grandes anticipos. Las cosas hubieran ido de otro modo si nos hubiéramos presentado con la modestia que tanto va con nosotros, y si hubiéramos dejado ver solo un celo por la propagación de los buenos principios y una seriedad en la formación de los Establecimientos.

Pero, mi querido hijo, suponiendo que no nos hayamos hecho los ricos y poderosos, que nos hayamos atendido a lo que yo escribí al P. Tharin para el P. Bardenet²⁹, ¿de quién depende el retraso, de nosotros o del P. Bardenet? ¿No hemos hecho ya mucho más que aquello de lo que se habló en un principio? Nosotros

²⁹ Ver carta 219.

quisiéramos hacer mucho más bien, utilizar según las miras del Instituto este amplio y magnífico local y esta inmensa propiedad. Nuestro deseo debería agradar a su celo y, si pudiese, haría bien en ayudarnos. Pero si él no nos ayuda, si se agarra rigurosamente a lo que ha dado, ¿cómo habría injusticia por nuestra parte en retardar un bien que solamente el celo hace emprender y que no nos hemos comprometido a hacer, al menos inmediatamente? En lo que respecta al agradecimiento, ¿no debe ser recíproco? El P. Bardenet quiere hacer un bien; para eso cede una extensa propiedad, es verdad, pero sin cultivo ni ninguna clase de medios para utilizar una mínima parte; cede un magnífico local, pero degradado y sin ningún mueble. Nosotros adoptamos ese bien, nos consumimos por corresponder a esos planes. ¿Quién se merece más agradecimiento? El P. Bardenet ha dado su superfluo y lo que no le producía nada; nosotros hemos dado y damos de nuestro necesario. No nos damos recíprocamente, sino, unos y otros, nos damos a Dios, nos damos a la religión.

No encontrará, mi querido hijo, una verdadera paz del alma y sólidos consuelos más que tomando las cosas en su verdadero punto de vista, según la verdad. Las obras de Dios no deben tratarse tan humanamente...

¿Aceptaré mis reflexiones? Me temo que no: usted no me considera más que como un hombre iluso y capaz de falsear una promesa. Con semejante prevención, ¿cómo poner remedio al mal? A pesar de todo, he creído deber decirle estas cosas; mi gran deseo es que le sean útiles; yo debo cumplir mi deber...

Espero que esta carta lo encuentre todavía en Saint-Remy y que reciba las nuevas y más abundantes bendiciones que le deseo.

Abrazo a todos nuestros queridos hijos.



El P. Chaminade, suficientemente informado, acepta en principio la fundación de Condom.

266. Burdeos, 19 de diciembre de 1823
Al P. Castex, Condom

(Aut. – Archivo de la familia Gaïchies, Condom)

Señor,

He recibido un informe muy positivo de las excelentes disposiciones de las personas más recomendables de su ciudad, pero sobre todo del señor Alcalde y de los señores Administradores de los Hospicios. La señora Belloc me indicó que faltaban una o dos firmas a la resolución de los señores Administradores; que en cuanto se cumpla esta formalidad, el señor Alcalde se la enviaría para hacérmela llegar. Después, la señora Belloc me ha mandado decir que le escriba a usted para que la Administración pueda obrar ante el Gobierno.

Acepto muy gustosamente el establecimiento de las Hijas de María en el antiguo Hospital llamado *Piétat*, y tomaré todas las medidas necesarias para que responda a las aspiraciones y esperanzas de todas las personas que se interesan por él.

No he respondido todavía al señor de Lachapelle, pero lo haré inmediatamente. Antes de responderle, al menos definitivamente, me parecía que debía tomar todas las medidas necesarias para el éxito completo de este establecimiento: le agradeceré que mientras tanto le ofrezca la seguridad de mi respetuoso afecto. Para dar al contrato de compra de *Piétat* la mayor sencillez que se pueda, y para evitar en la medida de lo

posible problemas en el futuro, me parece que la señorita de Lachapelle debería comprar personalmente, en nombre propio, y no como religiosa...; que, para el pago de la renta de 1.000 francos por año, ella debería ofrecer a la Administración 1º la renta de 800 francos que le donaría su padre, y 2º 200 francos que ella personalmente pagaría a sus herederos: seguirían las aceptaciones del señor de Lachapelle y de los señores Administradores.

He creído, señor, deber expresar estas primeras ideas, para que, estando todo acordado, no haya nada que detenga la culminación del contrato.

Escribiré al señor Arzobispo de Auch³⁰ si no ve usted ninguna dificultad mayor: ya no habrá ningún retraso que proceda de mí.

Por el interés que usted se toma por el Instituto de las Hijas de María, le diré que estoy casi a punto de concertar un establecimiento en Burdeos, que tendrá mucha semejanza con el de Condom. Es muy posible que la colonia de religiosas destinada a Burdeos salga antes que la que se destine a Condom³¹.

La muerte de la Madre Teresa atrae abundantes bendiciones del cielo sobre el Instituto de María: habría que tener los ojos cerrados para no verlo.

Con sincero y respetuoso afecto, etc.



He aquí ahora una carta sobre la fundación de Tonneins.

S 266 bis. Burdeos, 6 de enero de 1824
Al señor Lacaussade, Tonneins

(Copia. – AGMAR)

Perdón por mi retraso en responder a su carta del 4 de diciembre pasado. Este retraso se habría prolongado si su carta del 1 de enero no me hubiese obligado a volver sobre la anterior. Me había quedado en la mente que nuestras Damas del Retiro habían escrito al Ministro la carta cuyo proyecto tiene usted la bondad de proponerme.

Sobre las dos cuestiones que provocan las quejas del vecino, ex inspector de la Academia, respondo a la primera afirmativamente. Hace falta presentar una solicitud al Ministro en calidad de propietario para conseguir la inhumación en el pabellón. Parece que es el momento de presentarla. El proyecto que usted me envió me parece que está bien pensado. Si se puede suponer a estas Damas enteradas de las quejas del vecino, quizá harían bien en decir una palabra de ellas en la solicitud, a no ser que la autoridad que les apoyaría lo hiciese por ellas.

Estaba yo pensando en esta cuestión cuando he recibido su carta del 3 de enero. Inmediatamente ha habido que empezar a hacer oraciones en nuestro pequeño noviciado de la Magdalena. De todos modos, voy a escribir a la prefectura de Agen; espero no decir nada que le comprometa a usted; es posible que se sospeche que estoy enterado por usted de lo que pasa; pero ¿qué importa?

Respondo a la segunda cuestión. Me parecería más conveniente suspender al menos la ejecución de un panteón en el pabellón, 1º en razón de la agresión intentada, 2º en razón de nuestra situación de gran apuro en medios pecuniarios.

³⁰ Mons. André de Morlhon (1753-1828), primer Arzobispo de Auch, tras el restablecimiento de la sede, suprimida por el Concordato de 1801.

³¹ Ver después la carta 267.

No hablaré a nadie de los sacrificios que usted hace para organizar este pequeño convento; pero pediré a Dios de vez en cuando que los mire y los acepte, como los que le ofrecía Abel; le pido también de todo corazón que realice los deseos que formulo a favor de usted al comienzo de este nuevo año; sobre todo deseo para usted todo lo que en este mundo puede llevarle eficazmente a la felicidad plena.

Hace bien en recordarme los 6.000 francos que hay que pagar a la señora Verdier. Vislumbro pocas posibilidades de hacerlo ahora porque hay otros pagos muy importantes que coinciden casi al mismo tiempo. Veo que nuestras damas de Agen tendrán que cobrar en París una suma parecida en la misma época poco más o menos. Para quitarnos este asunto de la cabeza, escribiré inmediatamente para hacer adelantar o retrasar un poco estos pagos activos y pasivos. Me parecería conveniente tener el día exacto de julio y la dirección de la señora Verdier. La señora Verdier no tendrá problema en vernos reemplazados por un profesor de derecho en París, lector del Rey, etc...

La obra de Saint-Remy, en el departamento del Alto Saona, me causa muchas dificultades y problemas. ¿Es el pronóstico del gran bien que va a producir? Esa idea sería estimulante...

P. D. Aunque no escriba todavía a nuestras queridas hijas del convento de Tonneins, pienso demasiado bien de ellas como para creer que estarían equivocadas respecto a mi verdaderos sentimientos por ellas. Me ocupo en este momento de otros dos establecimientos para las Hijas de María.



La última carta enviada por el P. Chaminade a Saint-Remy no recibió demasiado mala acogida. El señor David se había vuelto más tranquilo y, con ocasión del año nuevo, escribía al P. Chaminade en términos menos inquietantes. Comenzaba su carta así:

Querido Buen Padre, buen año para usted y para todos a los que usted estima; ayuda de lo alto, luces del espíritu, consuelos abundantes del corazón: esos son mis deseos, que he presentado a Dios durante la misa y que le reitero aquí como buen hijo. Que Dios los acoja, y junte a ellos los demás dones de gracia y los frutos que él vea que son buenos para usted. Conservo aquí las reflexiones y las instrucciones que usted me ha dado, sin que sienta disgusto y sin que me haya venido el deseo de oponerme.

Y seguía en ese tono, de forma que el P. Chaminade creyó poder aprovechar el momento para insinuar algunos consejos... Pronto se verá que estos consejos no tuvieron mejor suerte que los anteriores.

267. Burdeos, 9 de enero de 1824
Al señor David Monier, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Su carta del 26 de diciembre, mi querido hijo, ha puesto un poco de bálsamo en mi alma: todo se arreglará, todo se pondrá en orden en Saint-Remy, con tal de que nosotros nos entendamos. No hemos pecado contra la justicia, como usted parecía creer, por las demoras que han transcurrido hasta ahora. Si, en sus preocupaciones, ha podido comunicar ese sentimiento a algunas personas, usted tiene suficiente inteligencia y

recursos para justificar todo. Puesto que las personas a las que consulta le repiten siempre lo que yo he creído deber recomendarle, es decir que se domine, trate entonces de dominarse. ¡No se fíe de su imaginación! Es su imaginación, mi querido hijo, la que suministra a su espíritu esas sutilezas que se imponen a su razón, y se imponen también a aquellos a los que comunica sus penas, porque no tienen suficientes datos para descubrir lo que puede haber en todo ello de exagerado. Usted mismo tendrá mucha dificultad para protegerse de ese exceso, a no ser que, por una sabia desconfianza de sus propias ideas, no rechace tan pronto las de los demás y trate de ver el fin, los motivos, las intenciones, etc. Aunque yo esté a una distancia de 300 leguas de usted, no es menos verdad, según los principios que nos guían, que yo debo tener una gracia de dirección. Esta gracia debe tener proporción con la dificultad de dirigir a esta distancia, y la tendrá a todas las distancias en que Dios quiera Establecimientos. La obra del Establecimiento de Saint-Remy habría hecho ya algunos progresos si usted no hubiese rechazado casi enteramente de primeras algunas peticiones, algunas reflexiones que yo he expuesto a veces.

Por su última carta, mi querido hijo, me parece que *se domina* más; por eso he creído poder hacer estas reflexiones. Si no le parecen adecuadas, considérelas como no recibidas; le dispenso de combatir las: ocupémonos de nuestros asuntos.

Voy a escribir a Lorena al señor Masson por medio del señor Rothéa para invitarle a prestarle a usted una suma importante, por ejemplo 10.000 francos. Haré escribir una copia de esa carta y la incluiré en esta, con una nota del señor Rothéa para el señor Masson, de la que usted podría ser el portador, si no ve en ello demasiado inconveniente. Si se decide a hacer este viaje, hará bien en saludar en Nancy a su nuevo Obispo, de parte mía y suya. Es el P. Janson, antiguo Misionero de Francia³². Pienso que se acordará del Director de la Congregación en la Magdalena, etc. Déle una idea del Instituto de María y de la obra de Saint-Remy: pídale su protección.

El señor Xavier Rothéa acaba de proponer a algunos sujetos³³. He pedido a su hermano un extracto o notas de estas propuestas: acaba de enviarme una carta en lugar de un extracto; voy a incluirla en esta.

Espero también incluir en esta carta una copia en forma de la autorización del Instituto de María por el señor Arzobispo. Lleva la supresión de dos palabras, *entera y más completa*³⁴, y el cambio que usted indicó³⁵. En cuanto al artículo expresado tan confusamente, el P. Barrès me dijo a continuación que había repetido la palabra *unión* en razón de la longitud de la frase, y que la arreglase yo mismo: la he retocado, como

³² Mons. de Forbin-Janson (1785-1844), uno de los auxiliares más ardientes del P. Rauzan, Fundador de los Misioneros de Francia, fue elevado, a pesar suyo, en 1823, a la sede de Nancy. Su actividad a favor de las Misiones y su afecto a la Restauración lo expusieron a la enemistad del Gobierno de Luis Felipe, que le prohibió, en 1830, volver a su diócesis. Aprovechó su tiempo libre para continuar sus giras de Misiones por Europa y América y establecer la hermosa obra de la Santa Infancia, de la que fue su verdadero Fundador.

Se mostró siempre muy unido a la Compañía; acababa de concertar con el P. Chaminade la fundación de una Escuela Normal en la diócesis de Nancy cuando estalló la Revolución de 1830; más tarde pensó incluso en retirarse a la Compañía; poco antes de su muerte, en el otoño de 1843, presidió, con Mons. Donet y Mons. Gignoux, el traslado del cuerpo de san Urbano, mártir, al Noviciado de Santa Ana en Burdeos.

³³ Como postulantes de la Compañía.

³⁴ En el proyecto primitivo, en el cuarto párrafo, se leía: «Resultados... que cabe esperar de una organización entera y más completa...». El señor David propuso suprimir estas dos últimas palabras, y el P. Barrès escribió: «De una perfecta organización...».

³⁵ El proyecto decía en el nº 3: «Sirviéndose de los métodos ya tan provechosamente utilizados por los Hermanos de los Hermanos de San Juan». El señor David corrigió: «Sirviéndose de un método análogo al de tan provechosamente utilizado por los Hermanos de la Doctrina cristiana...».

podrá ver³⁶. El P. Barrès, al no recibir ninguna observación sobre este documento, lo había hecho transcribir en los registros del Arzobispado, apenas hace ocho o nueve días. Mi joven copista deja al Secretario del P. Barrès una copia de la autorización con sus variantes para que él pueda escribirlas en los márgenes...

Tengo la esperanza de abrir en Burdeos un establecimiento de las Hijas de María. Primero se trataba de tomar el internado de las señoritas Gramagnac, que es interesante. Los Jesuitas hacen lo que pueden para atraer a las internas y a las maestras a la nueva comunidad del Sagrado Corazón, de la que son los protectores y como los fundadores. Me recogí para ver lo que había que hacer en estas circunstancias y pensé que, en lugar de luchar, era mejor ceder a los Jesuitas y al Sagrado Corazón las internas y las maestras, y todo lo que puede pertenecerles, y quedarme con la casa prevista, para trasladar allí el Noviciado de las Hijas de María. Creí deber comunicar mi decisión al P. Barrès, es decir al Arzobispado, y preguntar si se vería bien este nuevo Establecimiento. El P. Barrès me respondió: El instituto de María está autorizado, etc... Lo poco que puedo decirle de este asunto, en el que concurren muchas circunstancias, es solo para informarle de una cosa de gran interés y hacerle ver también la consideración que se tiene o que se parece tener según la autorización que se acaba de emitir.

Aunque yo haya desaprobado, mi querido hijo, su ida a París, sigo con el mismo deseo de que vaya para conseguir la autorización del Instituto; fijar, si es posible, un Método de enseñanza elemental, pero práctico, de las Artes y Oficios, sobre todo de los Oficios; ponerse de acuerdo con la Universidad. En varias de mis cartas, he intentado recordárselo; yo confiaba en que, tras los inicios en Saint-Remy, usted iría a París para cumplir nuestros planes, pero sin abandonar Saint-Remy, siempre atento a ir utilizando poco a poco este extenso local, dejando París para volver a Saint-Remy cuando surja la primera necesidad importante, dejando también Saint-Remy para volver a París y seguir allí con nuestro asunto, etc. Lo que me ha producido dolor, y muy vivo dolor, lo que he desaprobado y honradamente y en conciencia debía desaprobado, es este viaje a París, emprendido por propia iniciativa y que no era más que un abandono de Saint-Remy; eran los motivos de esta marcha, etc.; era la dificultad, y sin embargo necesidad, de enviar inmediatamente a alguno para apagar al menos las negativas impresiones que han tenido que dejar sus disculpas incluso de fracaso, para tener conocimiento del verdadero estado de cosas, para, etc.

¡Entendámonos, mi querido hijo, entendámonos! Usted conoce poco más o menos cuál es nuestra verdadera situación en todas partes: lo mucho que hemos intercambiado, las numerosas reflexiones que he podido hacer ya sobre todo lo que ha pasado, pueden cerciorarle sobre lo que pienso, sobre lo que pretendo, y también sobre la lentitud de las acciones o al menos para conducir las acciones hacia su fin, a causa de la pobreza de nuestros medios y de nuestros recursos. Si sus puntos de vista no son los mismos, o si considera que mis puntos de vista, aun siendo fundamentalmente los mismos, no son suficientemente amplios, que son demasiado tímidos o demasiado inciertos, escríbame con moderación y con los detalles y explicaciones suficientes: pongámonos de acuerdo. La cordura lo pide; la fe y la religión lo piden; nuestra unión para la obra de Dios lo pide. La distancia de 300 leguas es sin duda una dificultad, pero no una razón para no ponernos de acuerdo. A veces el bien podrá ir más lentamente: pero ¿qué hacer? Si el orden de la Providencia lo permite, ¿por qué no lo tendríamos que padecer?

Me detengo aquí, no tanto porque estoy al final de mi tercera página como por aprovechar el correo de mañana por la mañana... El periódico de ayer decía que el

³⁶ Se trata de un párrafo relativo a las Escuelas de Artes y Oficios, del que el P. Chaminade había precisado el texto y corregido el estilo.

señor Obispo de Estrasburgo y el de Nancy iban a ser consagrados en París: ¿cómo lo ha visto el señor Xavier? ¡*Pax tecum, Fili mi!*

P. D. Abrazo con mucho cariño a todos mis queridos hijos de Saint-Remy. La carta que me han escrito en común, en respuesta a la mía, y para desearme un buen año, me ha llenado de consuelo: manifiesta excelentes disposiciones y está llena de buenos sentimientos. Lleva diecisiete firmas.

Recuerdo, mi querido hijo, que usted me dijo que los Padres Misioneros habían hecho construir en Vesoul un soberbio edificio, donde hicieron amueblar 125 habitaciones para otros tantos maestros de las escuelas. Los Misioneros ¿nos prestarían 125 camas? ¿Quién les haría la petición? Yo estoy dispuesto a hacerla; pero me parece que sería mejor que la hiciese usted.



268. Burdeos, 20 de enero de 1824
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Recibí, mi querido hijo, la carta que usted me escribió en nombre de todos y que firmaron diecisiete: ya le expresé mi satisfacción cuando escribí al señor David. He leído con interés y sensibilidad la carta que usted ha escrito al señor Auguste. He enviado las dos a Agen, para que sean comunicadas a una rica heredera –con quien tengo que trabajar en un establecimiento de Misericordia, dependiente de las Hijas de María–, para que ponga provisionalmente a mi disposición una suma importante y venga, al menos en parte, en ayuda de usted... Estoy negociando una venta al contado de la casa del Cantón de Rodas³⁷... Venderemos, si podemos, la casa del señor Auguste en Chartrons... Estoy haciendo aquí otros intentos para tener dinero. Dios, mi querido hijo, vendrá en nuestra ayuda, por estas vías o alguna otra cuyo conocimiento está todavía en los tesoros de su misericordia.

La semana pasada envié al señor David cartas para el señor Masson, en Nancy, quien, espero, podrá prestarle una suma importante. Se trata en primer lugar de tener paciencia, y después de hacer movimientos adecuados para no tentar a la Providencia: movimientos convenientes.

Me ha sorprendido y me sorprende su gran tranquilidad en Saint-Remy; que, desde hace seis meses, no haya hecho ningún intento para procurarse al menos lo necesario. Si hubiera hablado confidencialmente al P. Bardenet, él le habría hecho conocer personas de buenas obras: en Besançon, los Misioneros, el Seminario mayor, etc...

¿Por qué dejar las tierras sin cultivar, sin sembrar? – No tenía usted ni aperos para arar, ni bueyes, ni caballos: pero ¿es que no hay personas que sí los tienen y que están dispuestas a trabajar para otros, mediante una retribución proporcionada, que se pague en dinero o en especie, en plazos fijos o a fin de año? Podría citar varias personas con las que tengo relación, tanto del sur como del norte de Francia, que no hacen trabajar sus tierras más que de esta manera. – El P. Bardenet se ha reservado alguna parcela; sin duda él tiene todo lo que hace falta para hacer trabajar y sembrar: ¿de haberles traído a Saint-Remy ha pasado a ser su enemigo, de forma que no pueda llegar a ningún arreglo, sea con él, sea con sus campesinos?

³⁷ Pequeña propiedad adquirida en 1818 por el P. Chaminade en Burdeos, calle Croix-de-Seguey, n. 106.

Yo me pierdo en todas estas consideraciones y otras semejantes. Pero, como son naturales y están en todas las cabezas un poco razonables, ¿por qué no ahorrar que las haga y liberarme de preocupaciones haciéndome comprender la imposibilidad de emplear otro tipo de medios distinto del de comprar enseguida todo lo que podría procurarse un propietario muy rico? Se me deja seis meses sin darme casi ningún detalle. Si aventuro algunas reflexiones, recibo poco más o menos como respuesta que a 250 leguas no es posible ver y entender. ¿Qué Gobierno, qué Administración civil se contentaría con semejante respuesta?

Usted me dirá, quizá, que no estaba encargado de esa responsabilidad, que usted solamente tenía que hacer ejecutar las órdenes superiores que pudiese recibir. – ¡De acuerdo! Pero podía sin duda hablar con el señor David y hacerle ver, con respeto y sencillez, que si no se podía hacer todo a la vez, esta no le parecía una razón para no hacer nada, que a menudo hay más de un camino para llegar al mismo fin etc. Al menos podía escribirme sus ideas, sus razones, etc...

Parece, mi querido hijo, que me estoy quejando a usted o indirectamente al señor David. – ¡Pero no!, venga de donde venga el fallo, o de usted, o del señor David, o también de mí: sería posible que todos tengamos más o menos parte de culpa. En cuanto a mí, me reprocho no haber exigido los detalles sobre su verdadera situación, detalles que sin embargo siempre he pedido: debería haber obligado a tomar otras medidas, puesto que la que se proponía no era posible.

Escribo al señor David que hagamos como si empezásemos, y sigamos adelante. He aquí, le digo, que usted ha llegado a Saint-Remy; ¿qué conviene hacer en la situación en que se encuentra? A usted le digo lo mismo. – Pero ¿quiere usted conseguirnos sumas bastante considerables para ponernos en situación favorable? – Es verdad, mi querido hijo; pero es posible que no lo consiga; es posible que, aun consiguiendo algunos fondos, esas sumas sean insuficientes para lograr el efecto esperado; es posible, y muy posible, que haya retrasos, que le crearían mucho problema, si tuviese que pagar.

Dice al señor Auguste que hubieran tenido este año 300 internos. – Me parece que es una gran torpeza no haberlos admitido. Sin saber nada, yo había propuesto al señor David, como medio, abrir un Internado: ¡ni una palabra de respuesta!

Se habla de la obra de la Misión de los Maestros de escuelas después de Pascua; pero ¿cómo conseguir las camas y algunos anticipos para preparar un local donde recibirlos? Los Misioneros tienen 125 camas, que habían sido preparadas para esta obra. ¿Cómo no se las prestarían, pidiéndoselas como conviene? Son ellos los que deben dar la Misión. Es muy posible –y a mí no me cabe ninguna duda– que harían o procurarían los anticipos necesarios. ¿Quizá el Departamento, que debe pagar los gastos de esta Misión, podría pagar de antemano las cantidades que ha decidido?

¡Vamos, querido hijo, ánimo! Entiéndase lo mejor posible con el señor David; pero no permanezca así en la inacción. Escribame al menos las cosas con la suficiente claridad para que yo pueda estar informado de todo...

No he recibido ninguna respuesta del P. Bardenet, y no me extraña si ha percibido que no estamos de acuerdo: pero ¿por qué no me dice usted nada sobre esa cuestión? Hay un pequeño misterio.

Hubiera querido escribir una carta común a todos mis queridos hijos de Saint-Remy, pero me veo obligado a aplazarla, para no perder este correo. Confío en que, a pesar de la gran distancia, la bendición paternal que les doy, en la efusión de mi afecto por ellos, recaiga abundantemente sobre cada uno. Deseo y pido al Señor que usted tenga en ella una parte muy destacada.

Una vez acabada y recopiada mi carta, he recibido una carta del señor David con fecha del 11 de enero. Si no estuviese seguro de la rectitud de sus intenciones, pensaría que entregaba este Establecimiento al deterioro y que... Detengámonos aquí... Para 43 o 46 hijos de campesinos, él me dice que es preciso pagar una cuenta de libros de 500 francos, que los libros de los maestros constituyen la suma más fuerte. Después, en Besançon, 1.030 francos, en la quinta presentación de las cuentas: ha prometido escribirme de nuevo sobre ello; es decir, quiere hacer creer que me escribe en cada presentación...

Usted sabe, mi querido hijo, nuestra situación... Vea primero ante Dios; rece y haga rezar a su mundo; hable al señor David, y vea si él quiere tomar medidas adecuadas, para que con solo los esfuerzos que la Providencia nos permita, junto a los esfuerzos que usted haga o a los recursos que consiga, el Establecimiento pueda sostenerse y crecer todo lo que pueda. No sé si sus penas y sus dificultades pueden dejarle imaginar el exceso de penas que me causa Saint-Remy. No importa: escribame todo lo que se refiere a este tema para que pueda tomar una última decisión.



Intercalamos aquí el nombramiento del P. Paga como director de la congregación de las Damas cristianas y director particular de la Congregación de hombres de Agen.

**S 268 bis. Burdeos, 23 de enero de 1824
Al Padre Paga, Agen**

(Borrador. – AGMAR)

Nos el infrascrito, Misionero Apostólico, Director de la Congregación de Burdeos y de todas las que le están afiliadas, etc., etc., tras las informaciones que hemos recogido sobre la prudencia, el celo y la capacidad del Padre Paga, uno de los directores y profesores del Seminario menor de Agen, lo he nombrado y nombramos por la presente director de la congregación de las Damas cristianas que hemos erigido en su iglesia parroquial y director particular de la Congregación de hombres de Agen, con el beneplácito y consentimiento del señor Obispo de Agen y sin ningún menoscabo a la calidad de Director general de las Congregaciones, tanto de hombres como de mujeres, de la que está revestido Nuestro muy venerado hijo P. Mouran, Superior del Seminario mayor.

Por consiguiente, el P. Paga dirigirá la Congregación de hombres de Agen, presidirá sus Asambleas generales y particulares, hará las admisiones de Congregantes, les aplicará las indulgencias y, en una palabra, cumplirá respecto a ellos todas las funciones de celo que nosotros mismos cumpliríamos si estuviéramos presentes; se hace cargo, etc.

El P. Chaminade no tardó en tomar la decisión de la que habla al terminar la carta 268. No contento con ponerse él mismo a la búsqueda de capitales para lanzar la obra de Saint-Remy, se decidió a tomar una medida radical, la de la retirada del señor David, cuya cabeza, decididamente, tenía más necesidad de reposo que de razones, y confió a P. Caillet la misión de sacar al Establecimiento de su letargo. Comunicó al señor Clouzet esta medida en la carta siguiente.

269. Burdeos, 27 de enero de 1824
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Acabo de levantar, hijo mío, lo que el señor David llama su castigo en Saint-Remy; le doy una nueva misión, la de ir a París mismo...

He recibido la carta de usted del 16 de enero... Usted habrá recibido, antes que esta, una larga carta que le escribí hace menos de ocho días. Ruego al señor David que, antes de irse, le deje a usted todos los papeles, cartas y apuntes de los asuntos relativos al Establecimiento de Saint-Remy o de aquellos de los que Saint-Remy llegaba a ser el centro, a no ser que necesitase algunos, para su misión de París: bastaría entonces que le dejase notas de los papeles que él se llevase y de los asuntos que despachase.

Entre el 20 y 25 de febrero, le enviaré a alguno que lo ayude a desarrollar la obra de Saint-Remy: presumo que será el P. Caillet quien tenga esta misión. Hace ya varios días que lo preparo para ello, y Dios parece también que lo está preparando, a juzgar por las disposiciones que le inspira. Si el señor David está esos días en París, el P. Caillet irá a París para verlo y hablar con él. De París marchará, al menos eso es lo que supongo, derecho a Besançon. Todos los que, en Besançon, puedan tener algo que ver con Saint-Remy, están avisados de estas intenciones por el mismo correo que va a llevar esta carta. Es posible que haya algún cambio de ahora a entonces; pero ya le avisaré...

Aproveche el tiempo para formarse en la virtud y formar en ella a todos los Hermanos.

He recibido la breve carta del P. Rothéa: que trabaje en adquirir el silencio de la imaginación, pero con prudencia. No es con la fuerza ni con la tensión como se domina la imaginación. Supongo que el P. Caillet se servirá a menudo de él en esta misión, y confío en que se entenderá perfectamente con él atendiendo las opiniones que le exprese...

Gaste lo menos posible, pero cuide de la salud de los Hermanos y de la suya.

Si el señor David no estuviese curado, habría que obligarlo a esperar a su completo restablecimiento...

He hablado seriamente con el hermano del señor Molinier. Él me dice: Si hay esperanzas de que se cure mi hermano o de que su enfermedad le permita ser de alguna utilidad para el Instituto, o también si su enfermedad fuese a llevarle próximamente a la muerte, será mejor no hacerlo volver; en caso contrario, habrá que enviarlo a su familia. Véalo con el médico y con él mismo. Dígale en particular el mucho afecto que le tengo y que le exhorto a sacar un provecho espiritual de sus enfermedades y sufrimientos.

Haré además anotaciones sobre cada uno de nuestros Hermanos e incluso, en la medida en que pueda, sobre cada uno de nuestros postulantes. Mientras tanto, indíqueme todo lo que pueda ayudarme a tener una idea de cada uno de ellos. Al P. Caillet –si finalmente es él el enviado– le daré poderes muy amplios, tanto sobre las cosas como sobre las personas, incluso el de admitir tanto al noviciado como a la profesión... Está encargado de trabajar en este Establecimiento, que miramos como una de las obras de Dios, con todos los medios que la Providencia le haga encontrar. Puede usted avisar de ello al P. Bardenet, asegurándole mi más sincero y respetuoso afecto. Puede también decirle que creo haberlo comprendido, a pesar del riguroso silencio que guarda conmigo, o más bien que lo he entendido por su mismo silencio...

Le abrazo, mi querido hijo; abraza por mí a cada uno de sus Hermanos, todos mis hijos, que llevo en mi corazón.

He aquí el borrador de una carta que remitió el P. Chaminade al P. Caillet para que la hiciese suya y la firmara.

S 269 bis. Burdeos, 27 de enero de 1824
Al P. Vernier, Misionero en Bauprès

(Aut. – AGMAR)

Nuestro Superior³⁸, siempre atento a todos los establecimientos que ha creado, e interesándose más particularmente por el bien de la diócesis de Besançon, me ha expresado su preocupación por el poco progreso que parecía hacer la nueva comunidad de Saint-Remy, y me ha comunicado al mismo tiempo la nueva misión que daba al señor David. Por este correo, lo envía a París por algún tiempo. Cuando hablo del poco progreso que ha hecho este establecimiento naciente, no me refiero al progreso en la virtud; sería quizá difícil encontrar en otra parte más fervor verdadero, pero nuestro Buen Padre se refiere al desarrollo de las obras del Instituto de María.

La larga ausencia prevista del señor David le lleva a enviar otro religioso para estimular y hacer crecer este establecimiento. Tengo motivos para creer que esta hermosa misión me va a ser dada a mí; pero ¿quién soy yo para trabajar en una obra de tanto interés? Recorro a usted, Padre, y al Padre Breu..., sabe la confianza que tengo en ustedes dos. Si recibo una obediencia para Saint-Remy, me echaré inmediatamente en sus brazos, seguiré sus consejos; desprovisto de experiencia, me presentaré a usted como un hijo a su padre. No haré más que lo que usted ordene.

Al mismo tiempo que presento mis muy humildes respetos a este digno señor Veuiller, le expreso y le digo cuán impaciente estoy por verlo y abrazarlo.

Antes de salir, me gustaría saber lo que usted piensa del establecimiento de St. Remy, lo que piensa el señor Arzobispo, lo que piensan el P. Breuillot, el Superior del Seminario, el señor párroco de la catedral, etc., etc..., y sobre todo el P. Bardenet.

Me parecería lo más normal escribir directamente a este último, pero como no lo conozco personalmente y tengo tantas pruebas del buen corazón de usted para conmigo, he decidido dirigirme a usted. ¡Qué gran servicio me prestaría si tuviese la bondad de escribirme enseguida!

Esperando este favor y el placer de verlo y hablar con usted con entera franqueza, me encomiendo a sus fervientes oraciones y tengo el honor de ser...

P. D. Entre nosotros, me ha parecido ver que nuestro Buen Padre que tiene, con razón, una confianza completa en el señor David, sin embargo no está muy contento de su manera de proceder en la creación de este establecimiento de St. Remy. Le parece que obra demasiado humanamente; ¿ha notado usted algo parecido?

El señor David no se dio prisa en abandonar Saint-Remy; esperó la llegada del P. Caillet, y fue precisa incluso, como se verá, una nueva intervención del P. Chaminade para decidirle a salir. Pero, a partir de ese momento, el señor Clouzet tomó en sus manos la dirección de la obra. Por lo demás, en medio de estas dificultades, los religiosos llevaban una vida de lo más edificante. «La unión entre nosotros es muy grande, podía escribir el señor Clouzet: ¡Viva el Señor, que nos ha hecho esta gran gracia!» (16 de

³⁸ El texto de este borrador de carta es autógrafo del P. Chaminade, que lo escribió por el P. Caillet, el cual lo firmó. Las frases intercaladas por el P. Caillet son reproducidas con caracteres más pequeños y un margen un poco más amplio.

enero de 1824). Y la bendición de Dios se hacía visible en los numerosos postulantes que se presentaban para aumentar la pequeña comunidad.

270. Burdeos, 23 de febrero de 1824 **Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Aut. – AGMAR)

Acabo de recibir su carta, mi querido hijo, y en un momento muy oportuno. Yo iba a escribir al P. Bardenet, y le escribí en efecto por este correo: adjunto una copia de mi carta, que él recibirá cuando usted reciba esta³⁹. Podrá usted ver en ella detalles sobre el viaje del P. Caillet y de qué manera debe usted tratar con el P. Bardenet.

El señor David no me da otra razón de la prolongación de su permanencia en Saint-Remy que la falta de dinero para irse. Me hace una cuenta según la cual los 1.000 francos que acaba de cobrar y 881 francos que le doy para recogerlos en Ribeauvillé serán más que absorbidos. Trate de encontrarle el modo de hacer su viaje a París. ¿Qué habrían hecho en Saint-Remy si no se hubiesen cobrado esos 1.881 francos que no se esperaban? Además este viaje es tan rápido y tan corto... El señor David me habla de una deuda de 1.030 francos en Besançon. Si yo supiera a quién se debe y por qué, quizá habría podido hacerla pagar. En todo caso, envíe esa cuenta al P. Caillet a Besançon.

Comprende usted bien que, si hay alguna observación importante que hacer al P. Caillet antes de su llegada a Saint-Remy, hay que escribirle enseguida o a París o a Besançon. Dudo que esté a tiempo de escribirle a París; pero puede encontrar la carta de usted y la del P. Bardenet, si él quiere escribirle, al llegar al Seminario de Besançon.

No escribo al señor David, porque imagino que, después de reflexionar, habrá necesitado algo menos de los 881 francos y habrá salido para París.

Por lo demás, mi querido hijo, no respondo a ninguno de los otros puntos de su carta, puesto que el P. Caillet va provisto de notas de toda clase y hay pocos puntos referentes a la obra de Saint-Remy de los que no hayamos hablado.

El P. Caillet, al anunciar al P. Breuillot⁴⁰ su aparición en Besançon, comenzará a hablarle del asunto de Marast, y podrá tratarlo antes de su llegada a Saint-Remy. El señor David me pidió el poder, sin decirme con quién iba a tratar; a pesar de todo, se lo envié: los nombres juegan a menudo un papel importante en las negociaciones...

Cuide de sus Hermanos, tanto en lo espiritual como en lo temporal: Dios bendecirá su solicitud, como la bendice su indigno ministro, a quien sin embargo él ha dado entrañas de padre.

³⁹ Esa carta no se ha conservado.

⁴⁰ El **P. Breuillot** (1758-1837), Director y Procurador en el Seminario mayor de Besançon, afiliado a la Compañía de María, era sacerdote cuando estalló la Revolución. Rehusó el juramento cismático, fue encarcelado y, tras su liberación, se entregó con un celo infatigable al ejercicio del ministerio en los malos días del Terror. Desde esta época, previendo las futuras necesidades de la Iglesia, consagró sus esfuerzos a prepararle sacerdotes, después a abrirle Seminarios. «Al nombraros a este venerable sacerdote, escribía al día siguiente de su muerte el Arzobispo de Besançon (Carta pastoral del 23 de marzo de 1837), os recuerdo *al fundador de todos nuestros establecimientos eclesiásticos*, a aquel a quien debemos la situación actual de la diócesis, al que ha contribuido, más que nadie, a sacar de sus ruinas: hombre de fe, ha emprendido y acabado con la ayuda de Dios lo que el genio más intrépido apenas habría osado concebir... Yo no he visto más que los últimos fulgores de esta antorcha del justo, que el Señor encendió en esta diócesis para extender la vida y el calor». El P. Breuillot fue, con el P. Bardenet, el instrumento del que Dios se sirvió para introducir la Compañía en el Franco Condado, en particular en Saint-Remy y en Marast (ver carta 296).